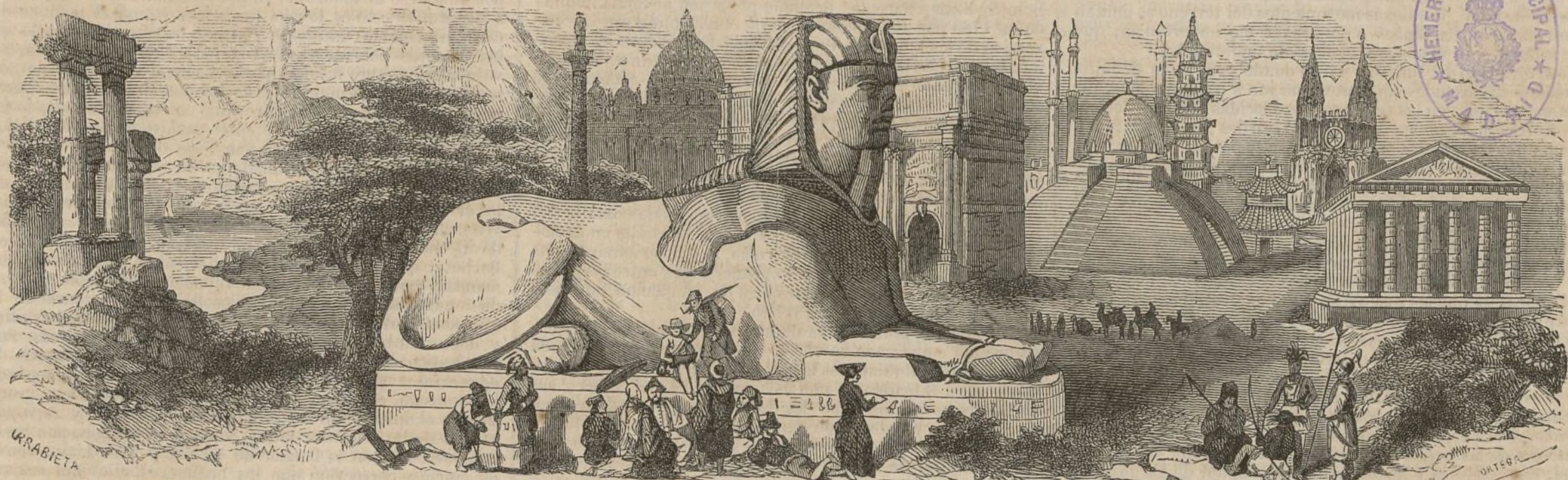


# EL UNIVERSO PINTORESCO,

31. JULIO, 1853.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. . . . . 40 rs.  
Id. en provincia enviándose por el correo. . . . . 50.

Paris: libreria española, de Mellado, rue Pavée St. André, núm. 3.  
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.  
Se suscribe en casa de los correspondientes del Establ. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** Las playas del mar Caspio.—Biografía de don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, por don Antonio Neira de Mosquera.—Un wals de Strauss.—Los asteques.—A. N., soneto, por don F. Bello.—Una historia de la época de los Templarios, por el conde de Fabraquer.—Estudios filosóficos sobre los descubrimientos científicos modernos, por don Juan Manuel Perez Teran.—Las tres pruebas. (Conclusion).—Observaciones experimentales sobre las mesas giratorias por M. M. Faraday.—Variedades.  
**GRABADOS.** Ocupaciones de noche la entre los tartaros.—Caprichos, por Marcelino, veinte grabados.

## Las playas del mar Caspio.

### ARTICULO I.

Hoy que los asuntos de Oriente tienen el privilegio de ocupar la atención de toda Europa, creemos que serán leídos con gusto algunos artículos relativos a los países que pueden ser teatro de la guerra, si esta llegase a estallar, ó que por su proximidad al terreno probable de la lucha han de ejercer una influencia mas ó menos directa en su éxito. Principiamos por lo menos conocido, y procuraremos reunir en todos noticias que sean poco vulgares, lo que no es difícil en España, donde apenas se han generalizado esta clase de escritos.

El país que se extiende desde el Danubio y los Carpathos hasta el mar Caspio y hasta el pie de la vertiente septentrional del Cáucaso, apenas ha sido explorado por los viajeros. Es, pues, como una región nuevamente descubierta, en la que seguiremos á Mr. Hommaire de Hell. El teatro de sus indagaciones científicas abraza toda la Rusia Meridional, es decir, el espacio comprendido entre los Carpathos y el mar de Azow, entre este y el mar Caspio, y el mar Caspio y el Cáucaso hasta la vertiente del Norte. Recorrió las orillas de los ríos, los mismos ríos y los mares, estudiando aquellas regiones bajo el punto de vista histórico, geográfico, pintoresco y geológico.

Esa variedad de familias humanas que se encuentra en una estension de cerca de seiscientos leguas, es un asunto muy curioso de observacion. Allí se encuentran reunidas todas las razas de Asia, con sus costumbres, sus usos y su carácter.

Rusos, alemanes, grie-

gos, armenios, judíos, búlgaros, moldavos, turcomanos, persas, indios, circasianos, cosacos, tártaros y calmuco, casi todos diversos en su origen y religion, de tipos, trages, lenguas y costumbres opuestas, presentan bajo el aspecto histórico y pintoresco un espectáculo tan nuevo como notable.

La nacion calmuca, que mas que ninguna otra parece adherida á aquellas vastas llanuras cubiertas de arena, será particularmente objeto de nuestras observaciones. Este pueblo, por la originalidad de su carácter, nos interesa mucho mas que las restantes razas, con las que con harta frecuencia nos han puesto en relacion los viajes y sus narraciones. Comencemos por dar una idea de las regiones que habitan esos pueblos, de esos desiertos tristes é incultos, que con una administracion bien entendida podrian llegar á ser fecundos y animados, y un abundante manantial de riquezas para el imperio ruso.

Subiendo el Bósforo de Tracia ó canal de Constantinopla para entrar en el mar Negro, se pasa por junto á unos peñascos desgajados que circuyen la parte septentrional del estrecho, y al ver el desorden que en aquel sitio reina en las capas geológicas, el observador se hace naturalmente estas preguntas:

¿Ha existido siempre la comunicacion entre el Ponto Euxino y el Mediterráneo? ¿No se elevaba al Norte de Bukyudeo ré, en tiempos mas ó menos remotos, un dique de montañas destruido posteriormente por alguna violenta dislocacion local? Si en seguida despues de haber penetrado por el Bósforo Cimmeriano (estrecho de Kertch), en la laguna Meotia, parte desde el litoral de este pretendido mar para dirigirse al mar Caspio, atravesando las estériles llanuras de Manitch y de Kouara, el problema que le ha preocupado en las orillas de Constantinopla, tomará á sus ojos un nuevo grado de interés; al pisar un terreno salitroso cubierto de plantas marinas, y al volver á encontrar por todas partes restos ó despojos de seres organizados que no han podido vivir sino en el mar: al ver la profusion con que se hallan esparcidas riquísimas salinas en la superficie de aquellas llanuras, le será difícil desechiar la creencia popular que admite que el mar Negro tuvo en otro tiempo un nivel mas elevado; y que reunido al mar Caspio, y probablemente tambien al lago Aral, ha vuelto á cubrir las inmensas llanuras ó arenales que se extienden al Norte del Cáucaso y de las montañas de la Taurida, como igualmente las regiones septentrionales y orientales del mar Caspio. Pero ¿cómo ha podido verificarse esa union? ¿En qué época y por qué revolucion quedó rota? ¿Qué relacion existe entre la separacion de esos mares y el rompimiento tan frecuentemente disputado del Bósforo de Constantinopla?

Tales el problema que ha quedado sin resolucion formal, á pesar de los esfuerzos de los sabios. Monsieur Hommaire de Hell, despues de haberle fijado de ese modo, y despues de haber examinado las teorías antiguas y modernas, ha procurado resolverle á su vez, por medio de reiteradas observaciones y de estudios proseguidos con perseverante ardor durante mas de seis años, atravesando el país en todos sentidos, explorando á pie ó á caballo todas las costas del mar Negro, del mar de Azow y del mar Caspio. Su esposa, que arrojó todas las fatigas por seguirle en sus penosas exploraciones, se encargó de redactar todo lo que tiene relacion con las emociones del viaje, las aventuras, los peligros, y á cuanto se refiere la parte puramente descriptiva.

Los arenales inmensos del mar Caspio no dejan de ser pintorescos. Por cualquier lado que el asombrado viajero dirija sus miradas, no descubre mas que una linea perfectamente recta, cuya desconsoladora monotonía nada interrumpe; ó si alguna que otra vez descubre ciertos puntos salientes por encima del horizonte, son conos de tierra elevados por mano de los hombres, y con mu-



Ocupaciones de la noche entre los tartaros.



cha frecuencia no suelen ser mas que una ilusion de óptica. Solo de largas en largas distancias, los grandes rios que cortan el pais sirven de líneas de señal, y recuerdan al viajero que, avanzando, ha mudado verdaderamente de sitio.

Dos inmensos declives se reparten las aguas que corren por la superficie de esta vasta parte del imperio ruso. El primero, que comprende el alveo ó madre del Volga y del Oural, se dirige hacia el mar Caspio; el segundo, mas feurte, se inclina hacia el mar Negro, en donde vierte sus aguas por conducto del Dniester, el Boug, el Dnieper y el Don. Excepto los grandes y espaciosos valles que forman los rios que acabamos de citar, los demas movimientos del terreno se limitan á riachuelos y barrancos ó quebradas sin importancia, que en nada alteran el aspecto general de uniformidad.

Al otro lado del Dniester es en donde principian definitivamente los arenales sin límites que van á perderse mas allá del mar Caspio, en las regiones desconocidas del Asia Central.

Entre esa larga faja de regiones boreales, en contacto inmediato con los hielos polares, que sirve por el Norte de confin á la Rusia meridional y las llanuras arenosas comprendidas entre el Danubio y el mar Caspio, se estiende sin interrupcion una inmensa superficie plana, que se eleva muy poco sobre el nivel de los mares, y en la cual no se descubren ni cadenas de montañas, ni ninguna de esas prominencias tan numerosas en cualquiera otra parte de Europa.

La simple línea que forma la cima ó cúspide de dos planos ó llanuras inclinadas que existe en el centro del imperio, está muy poco elevada para ejercer una influencia sensible sobre la meteorología de los paises situados en la una ó en la otra vertiente, y únicamente determina la division de las aguas entre los mares del Norte y los del Mediodía.

Desprovista de montañas transversales, la Rusia Meridional se halla sujeta á toda la violencia y crudeza de los vientos del Norte. Asi se explica la intensidad con que se propaga la influencia de las regiones glaciales, hasta el grado 45 de latitud. Entre Odessa y Novo-Tscherkask, capital de los cosacos, ciudades que distan una de otra mas de 250 leguas, apenas se retrasa algunas horas la vuelta de las nieves y de los frios, que suceden inmediatamente á un calor muy fuerte; de un instante á otro se pasa de 12 grados sobre cero á 15 bajo él.

La accion de las regiones septentrionales, dice Mr. de Hell, ayudada por la topografía general del pais, y por la falta de toda barrera montañosa, llega sin obstáculo hasta el mar Negro.

Es el efecto de la acumulacion de la nieve, añadiremos nosotros para hacer comprender mejor esa definicion, que partiendo de las cimas elevadas, desciende hasta los valles cálidos y se mantiene allí hasta en medio de las mieses que maduran á sus pies.

En las orillas del mar Caspio, sometido á la vez á la influencia de la Europa Meridional y de la Siberia, al grado 44 de latitud, se siente un frio de 52, que se aumenta todavía en la estremidad de las llanuras, cuyo acceso impiden completamente los montes Ourales, á los vientos occidentales. En el grado 47 de latitud, en un paralelo tan meridional como Nápoles, el frio llega á 45 grados bajo cero.

Durante el estío, los calores son en aquellas llanuras tan extraordinarios como los frios en el invierno, y el termómetro sube algunas veces á 40 grados.

La falta de vegetacion en esas llanuras, y su nivelacion que hace que no haya á un lado sol y á otro sombra, como sucede en las montañas, las deja todo el dia espuestas al ardor de los rayos solares. Ni lagos interiores, ni corrientes de aguas, ni bosques, mantienen la accion refrigeradora, debida á los evaporaciones del agua. La falta casi completa de humedad, eleva sensiblemente la temperatura general del estío y favorece ademas la formacion de las grandes masas de arena movediza, que se prolongan al Oriente de las llanuras de la Rusia Meridional: verdaderos focos de calor, de donde salen como de un horno los vientos abrasadores que recorren aquellas soledades, y que son lo que se llama *simoun* y *kham-sin* en los desiertos de Africa.

Los viajeros se han visto mas de una vez y en los mismos sitios, espuestos á los furiosos de los *metels* ó ventisqueros, y á los del *Simoun*. En la definicion que dan de esos fenómenos meteorológicos, volvemos á encontrar exactamente las impresiones que experimentamos, en el desierto de Suez y en las soledades de la Laponia. Cuando las nevadas y ventiscas se prolongan ocho ó quince dias, suceden grandes desastres. Entonces, en los arenales del mar Negro y del mar Caspio, se ven frecuentemente manadas de caballos y de carneros arrebatados por la fuerza irresistible de la tormenta, avanzar poco á poco sobre los hielos del litoral, hasta que hundiéndose estos, todos son sumergidos en el mar. Durante el invierno de 1857, se perdieron de ese modo en las olas del mar Caspio, mas de seis mil caballos pertenecientes al principe kalmuco Tume'nes. En 1827, los khirguis de la horda interior, perdieron en aquellas tormentas doscientos ochenta mil quinientos caballos, treinta mil cuatrocientas cabezas de ganado vacuno, y mas de un millon de ovejas. Seguramente esos huracanes deben tener una violencia increíble para neutralizar de tal modo el instinto de animales tan inteligentes como los caballos.

Después de haber recorrido las pintorescas riberas del Dnieper, las orillas del Don y del Dniester, descrito las costumbres y los usos de los pequeños-rusos y las diferentes condiciones de la sociedad en Rusia, visitado las colonias alemanas y de los hermanos moravos, disertado sobre el origen de los mogoles y de los tártaros, poblacion interesante que el adjunto grabado nos muestra, en el momento en que se despierta y sube á las azoteas para respirar el fresco de la noche, el viajero llega á Marieapol, á la orilla del mar de Azow, y luego á Taganrok, situada en la estremidad septentrional de aquel mar. Esa ciudad se asemeja enteramente á Odesa: su posicion en el centro de un golfo, el terreno sobre el que se eleva sus iglesias, su grande estension, y hasta la fortaleza que la domina, todo conspira á hacer mas asombrosa la ilusion. Es uno de los puntos mas mercantiles de la Rusia Meridional. Allí murió casi solo, en 1823, el emperador Alejandro.

Saliendo de la Nueva-Rusia por el Oriente, Mr. de Hell se dirigió desde Taganrok á Novo-Tscherkask, capital de los cosacos del Don. Las instituciones republicanas de ese pueblo guerrero, estraña anomalía en un pais de siervos, su origen y su historia política, estadística y comercial, son objeto de un profundo estudio para el sabio viajero, estudio que difunde nueva luz sobre una cuestion difícil y controvertida.

El camino sigue casi siempre por las orillas del Don, amenizado por arboledas y rebaños de caballos medio salvajes. En aquellos desiertos, la direccion que debe seguirse, solo se halla indicada por unos postes destinados á marcar las distancias, exactamente como en las llanuras de nieve del San Bernardo, ó en las lagunas de Venecia.

En Novo-Tscherkask, ya no se ven trages francos, ni mezcla de poblacion: todo es cosaco, excepto algunas caras kalmukas, que anuncian las orillas del Volga.

Mas allá de Novo-Tscherkask, el camino de Astrakhan sube hacia el Norte, todo á lo largo de la orilla derecha del Don. Se llega á Sarepta, pequeña poblacion alemana, fundada en 1769 por una colonia morava, cuyo objeto era la conversion de los kalmucos. Sus esfuerzos de proselitismo fueron inútiles, porque los kalmucos desovertaron sus predicciones. En el dia Sarepta es una ciudad manufacturera. Saliendo de esta ciudad, se descubre desde lo alto de una meseta el Volga, rio magnifico que despliega á lo lejos su curso tranquilo y magestuoso, sus revueltas y sus numerosas isletas cubiertas de alisos y álamos blancos, y cortadas por mil canales: al otro lado del Volga, se estienden hasta perdersse de vista las inmensas llanuras, en donde acampan los khirguis y los kalmucos, y cuya linea es en el horizonte tan unida como la del Océano. Aquel espectáculo es grandioso, y se halla en armonia con la idea que despierta el Volga, al que su curso de mas de seiscientos leguas, señala el primer lugar entre los grandes rios de Europa. En fin, después de un camino tan triste como fatigoso se llega á Astrakhan.

Esta ciudad produce una impresion profunda en el viajero, cuando embarcado en el rio, abraza con una sola mirada su hermoso panorama, sus iglesias, sus cúpulas y sus fuertes arruinados. Situada en una isla en medio del Volga, sus alderredores no son como los de las grandes ciudades: no, está solitaria, y rodeada de agua y de arena; envanecida con su soberania sobre ese hermoso rio y con el gracioso nombre de Estrella del Desierto, con que la ha bautizado la poética imaginacion de los orientales.

Antes de concluir este itinerario, rápidamente indicado para dar una idea exacta de esas regiones y particularmente de esos pueblos salvajes, desiertos y estudiados con tanto esmero y habilidad por los dos viajeros, nos detendremos un instante, para penetrar con ellos en la vida interior de los kalmucos, la horda mas notable de aquellas llanuras cubiertas de arena.

### Biografía española.

SIGLO XVI.—DON ALVARO CADAVAL VALLADARES DE SOTOMAYOR.

La incuria y el abandono con que se ha mirado en algunas localidades el elevado magisterio de las letras, constituyéndole en ocupacion menesterosa ó liviano entretenimiento, han retardado la exacta apreciacion de los estudios publicos en España. Lo que se ha negado á la publicidad, lo que se ha relegado al olvido, se encuentra en los polvorientos papeles de las genealogías depositadas en archivos particulares. En mal hora se presentan el historiador y el crítico á reasumir la civilizacion de un siglo, de una década por medio de sus legítimos y autorizados representantes; llegan anticipadamente, porque aun se percibe el paso lento y trabajoso del paleógrafo, malremunerado, peor estimulado que anubla su vista en los manuscritos de oscura é ininteligible escritura.

No de otra manera se justifican las omisiones y los errores de doctos y amaestrados eruditos. Sus vigilias fueron dedicadas á la investigacion de los libros impresos, desde la historia general hasta el oscurecido apuntamiento local, desde la *crónica* hasta la *relacion de viages*. Para revisar los manuscritos correspondientes á los archivos y á las bibliotecas, se hacia indispensable una asidua é inteligente colaboracion. En nuestros dias se encargó de este importantísimo trabajo el periodismo científico y literario. Desde populosas ciudades ó antiguas villas, la critica y el interés local aportan á la prensa de la corte, materiales útiles y provechosos. Asi se corrigen involuntariamente las omisiones pasadas. Los bibliógrafos que se propongan publicar una *Biblioteca novísima de autores españoles*, en la cual se consigne un analisis razonado de sus obras, abriendo las puertas del exámen á los hombres sabios de todas las escuelas y religiones, y á los escritores de todos los géneros y escuelas, desde los seminarios de los godos y las academias de los árabes hasta las universidades pontificias y los colegios mayores, encontrarán correcciones y adiciones importantes en los artículos simultáneos ó independientes que han visto la luz pública desde 1835. Nuestra época se reconoce pródiga de hombres de letras para que busque el monopolio del silencio, callando las glorias científicas y literarias de lo pasado.

Interroguemos á la tradicion local que no estiene su voz misteriosa mas allá de la capilla donde una losa secular cubre los últimos restos del escritor, cuyo nombre se ha perdido con el transcurso de los años y la indiferencia de las generaciones sucesivas. Busquemos en el oscuro y silencioso archivo donde se conservan los papeles de pertenencia de los herederos de un ilustre maestro ó esforzado capitán, los apuntamientos biográficos que pasan de la partida de nacimiento á la partida de muerte, ya que no se conservan en la remota casa paterna las obras literarias ó prendas marciales del progenitor, arrojadas tal vez al pozo como si graves la herencia con un legado oneroso de inteligencia ó valor.

Con los datos necrológicos del archivo particular, y las notas bibliográficas de la obra erudita, se puede hacer revivir una reputacion científica ó literaria que se ha oscurecido, desprovista de esa sancion decisiva que en todas las naciones y en todas las edades han dado á los hombres de letras los grandes centros de la civilizacion de un pais. En apartados tiempos, el bautismo del saber entre teólogos y canonistas, se recibia en la universidad de París, los médicos se dirigian á Montpellier, y los legistas á Bolonia; mas tarde á las universidades de Alcalá de Henares, Salamanca y Valladolid. Entre nosotros, la inteligencia se emancipó de la clausura, un tanto monástica de los colegios y universidades, y apeló á la prensa para alcanzar la cátedra ó la tribuna, y la tribuna ó la cátedra, para atajar las asperezas que en lejanos dias se vencian antes de ocupar las eminencias de la iglesia y del Estado.

El erudito humanista y excelente escritor latino don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, llega á autorizar las anteriores consideraciones. Don Nicolás Antonio no le menciona en su *Biblioteca española*. El historiador portugués Barbosa (*Bibliot. lusit. tom. III*) y el P. Florez (*España Sagrada, tom. XXIII*), hacen mencion de su existencia, gracias á la feliz circunstancia de haber sostenido familiar y entendida correspondencia con don Rodrigo Pinheiro, obispo de Oporto. Nació y debió morir en Tuy. Fué, segun la opinion reflexiva y prudente del autor de la *España Sagrada*, «muy rico en palabras latinas... pobre en caudales de fortuna.» Ya por un exceso de modestia, ya por una inclinacion irresistible á latinizar (y esto es lo mas probable), tomó el nombre de *Cadaval Grovio Calidonio Tydense*. Apelo al recuerdo de los primeros pobladores de Tuy para revelar su patria. Su verdadero nombre fué don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, hermano menor del doctor don Pedro, segun consta por los documentos particulares que con diligente cuidado ha registrado el señor Lacueva en el archivo de la casa de los Cadavales en la parroquia de San Felix de Nigran.

Don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, nació en Tuy (Galicia), en el primer cuarto del siglo XVI, en una de las casas de su pertenencia, en la calle de Abajo, en la cual vivieron y fallecieron sus padres el escudero don Juan de Cadaval, muerto en 5 de junio de 1541, y doña Ana Alvarez Barbosa, que ha dado á luz tres hermanos al celebrado humanista. Don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, se distinguió como estudiante de filosofia y jurisprudencia en la universidad de Santiago, donde recibió el grado de bachiller y doctor en la facultad de los Manzanos y Covarrubias. Fué catedrático de leyes en este estudio general, después de ejercer el magisterio académico en diversas universidades de la península. Su buen gusto y esquisita erudicion le granjearon el aplauso de los inteligentes. El grave y reposado estudio de la literatura latina, cautivó su imaginacion hasta familiarizarse con la lengua de Virgilio y Tito Livio, con la elegancia y correccion que los buenos estudios del renacimiento escolástico exigian de los puristas y entendidos maestros. Fué contemporáneo del célebre Juan Latino, humanista y lexicólogo de las escuelas de Granada, el cual, como don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, sostenia correspondencia con los eruditos que ocupaban los ocos del episcopado ó del magisterio en elocuentes páginas de latin ciceroniano. Entonces los sabios y los críticos se dirigian entre sí plácemes y censuras: se valian de la epístola familiar para aprobar ó combatir las ideas y los conceptos. Bien es verdad que presentian la prensa del criterio, la prensa militante y creaban para lo futuro la polémica filosófica y literaria. Erasmo y don Alonso III de Fonseca, se combatian: Juan de Vergara y Marínico Sículo, se respetaban: don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor y el obispo Pinheiro se dirigian mutuamente leales y corteses elogios. El latin era la lengua de los sabios: universalizada por el catolicismo y la legislacion romana, representaba la convencion escrita de las inteligencias. Cadaval Valladares de Sotomayor, mas humanista que jurisprudente, mas dado á la sonora irregularidad del hiperbaton latino, que á la viveza y galanura del idioma vulgar que habia salido de los campamentos cristianos y de las atalayas árabes, escribió en latin la mayor parte de sus obras. La prosa y el verso le fueron familiares. Hombre de inactiva, de creadora fantasia, de sentimiento audaz, de pasion prematura, fué mas poeta que prosista en la misma prosa.

He aquí la enumeracion de sus principales obras impresas en un tomo en 4.º, de trabajosa y difícil adquisicion en nuestros dias.

*Encomiasticon*; dirigido al principe don Antonio de Portugal, que falleció pobremente en París en 1595.

*Pithyografia*; dirigido en elogio de don Rodrigo Pinheiro, obispo de Oporto.

*Triumphalis Tumulus*; en prosa y verso, en elogio de Carlos V y dirigido á Felipe II.

*Epitaphium*; en elogio de doña Maria, hija de don Juan, rey de Portugal, y primera muger de Felipe II.

*Carmen*; en elogio de don Rodrigo Gomez de Silva.

*Encomiasticon Carmen*; dedicado á don Gaspar Avellaneda de Zuñiga, arzobispo de Santiago.

*Brachilogia*.

Don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, se enamoró, durante los primeros años de su juventud, de doña Lucia Pose de Castroverde, de la que tuvo un hijo que reconocido después, se llamó don Juan Cadaval, y abrazó la carrera de las armas.

Doña Francisca Cadaval, hermana del esclarecido humanista, casada con don Antonio Pereira de Caldas y Castro, caballero de la casa real de Portugal y de Felipe II de España, dió á luz al célebre jurisprudente don Francisco de Caldas Pereira Castro, natural de Tuy, cuyas obras se imprimieron de 1535 á 1622, en Coimbra, Antuerpia, Lisboa, Francfort, Leon y Madrid. En 1744 se reimprimieron en Ginebra con los titulos siguiente:

*De restitutione.*

*Consilia.*

*De inofficioso testamento.*

*Questiones forenses et controversiae civiles.*

*Syntagma de universo jure emphiteutico.*

(Siete volúmenes en fol.)

La sucesion de inteligencias se presentó diversificada en los descendientes del escudero Cadaval Valladares de Sotomayor. Al humanista concienzudo siguió el comentarista infatigable; al jurisprudente razonador, sucedió el rimador aplaudido. Don Francisco de Caldas Pereira, fué padre de don Gabriel Pereira de Castro, elevado funcionario y aventajado poeta en el reino lusitano; autor del poema heroico *La Ulisa ó Lisboa edificada*. La trasmision del ingenio no se interrumpió con los estronques de esta familia. Apareció y reapareció bajo diversas acepciones, conservando sucesivamente el sello de la vocacion científica y literaria.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

### Un wals de Strauss.

I.

Es imposible concebir el efecto de estos walses deliciosos, á menos de haber pasado algun tiempo en Alemania: walses



á veces locos y alegres, á veces melancólicos; ya tiernos y ya guerreros, entusiasmando y enterneciendo á manera de una inspiración á los mismos que bailan; porque en un baile alemán la música y la danza no son cosas separadas, sino partes del todo; de suerte que tan necesarios son para un vals de Strauss el ruido de las espuelas, el roce de las sedas y el sonido de los pies, como los instrumentos de la orquesta.

Al punto de media noche el vals se interrumpe, la orquesta saluda con alegres armonías la llegada del nuevo año, todos se abrazan, se besan, todos se felicitan, todos gozan. En medio de este júbilo infernal, Federico quiso también disfrutar el dulce privilegio que le daba este instante tan deseado; pero al inclinarse para estampar sus labios sobre la frente de Ottilia, esta hirió su amor propio terriblemente. Su política y otros sentimientos mas dominantes no permitían al conde olvidar esta promesa; así fué que al momento que se disponía el cotillon, vino á recordarle su compromiso aparentando alguna frialdad.

—Dignaos perdonar mi mala memoria, contestó Ottilia con aire desdenoso, habia olvidado lo que quereis recordarme, y acabo de comprometerme con otro.

Federico temblaba de cólera.

—¿Puedo tener el honor de saber con quien? preguntó esforzándose á manifestar serenidad.

El príncipe los interrumpió dando la mano á Ottilia y diciendo á voces á Federico:

—Mr. Ebersdorf hacenos el gusto de dirigir el cotillon. Federico se colocó con la señorita de Frankenthal á la izquierda de su alteza. En este instante lady Emily y su madre atravesaron el salon y se retiraron.

La casualidad y las mil y una figuras de este caprichoso baile, hicieron que Ottilia y Federico se hallasen juntos algunos momentos, y casi solos.

—Os doy gracias, señorita de Wolkenstein, dijo el conde con tono despreciativo, os doy gracias por la lección que acabais de darme, os habeis colocado tan alto ó tan bajo, que no puedo menos de agradeceros que me hayais abierto los ojos en tiempo oportuno.

—¿Qué quiere decir esto, señor conde?

—Que yo no tengo que ver nada con las queridas de los príncipes.

La orgullosa Ottilia apenas tuvo tiempo para contestar con una terrible mirada á tan ultrajadoras palabras, porque su real compañero la tomó para bailar, en aquel instante en que por primera vez de su vida se veia profundamente humillada y despojada de su calma y dignidad habituales. Sin embargo, ocultando la rabia que devoraba su corazón bajo una apariencia de ligereza, recibió las atenciones de todos y las del príncipe, á cuyo lado permaneció durante la cena y casi el resto del baile.

El siguiente día, al levantarse el gran duque, Mr. Ebersdorf pidió á su soberano el permiso para casarse con la señorita de Frankenthal y un destino fuera de sus Estados; y á los cuatro días, verificado el matrimonio delante de toda la corte, Federico marchó con una comision especial para San Petersburgo, llevando consigo su mujer y sus despachos.

## II.

El siguiente año fué muy fecundo en acontecimientos importantes para la ciudad de F... el matrimonio del príncipe heredero con una princesa de... dió lugar á innumerables festividades y á la fundación de una orden de mérito civil, que puso en inquietud á todos los consejeros del ducado. El maestro de capilla de la corte se escapó con la *prima donna* del gran duque, causando un escándalo prodigioso. El montero mayor cayó de la gracia de su alteza por haber dicho que Napoleon era un hombre de genio; y la señorita Ottilia de Wolkenstein se hallaba gravemente enferma de un mal desconocido para los médicos del gran duque: algunos opinaban que se habia estipado en el matrimonio de Mr. Ebersdorf, porque despues de la ceremonia fué atacada de convulsiones que duraron tres horas, y de una calentura casi incesante que la obligaron á guardar cama seis semanas; y como despues de este tiempo seguia sufriendo crueles ataques de nervios, en los cuales llevaba la mano al corazón, queriendo arrancárselo con gesticulaciones delirantes y convulsivas, creyeron los facultativos que el mal procedia de una estremada sensibilidad y de algun tormento que ocultaba en su corazón. Desde luego le fueron prohibidas casi todas las diversiones en que podia recibir alguna emocion, y muy particularmente la del vals, por haberse hallado casi á la muerte despues de uno que bailó en el matrimonio del príncipe.

Trascurrido un año, como se ha dicho, volvió á tener lugar el gran baile de San Silvestre, al cual concurría toda la corte, y Mr. Federico Ebersdorf y su esposa, llegados hacia tres dias de San Petersburgo. Ottilia mas postrada que nunca tuvo que quedarse en cama, donde la gran duquesa antes de pasar á los salones colmó de besos su preciosa frente aletargada por un sueño profundo.

Un armonioso y animado vals convidaba á las parejas mas brillantes de la corte, y Mr. Ebersdorf aguardaba que el gran duque acabase de demostrar el famoso plan de una cacería de conejos que proyectaba, para correr á buscar su pareja; cuando se repentinó se notó un movimiento general: la música se interrumpió, paró la danza, hombres y mugeres se agrupaban, y en medio de esta confusion universal se vió aparecer una muger vestida de blanco, que atravesando el salon se dirigió á Mr. Ebersdorf y le dijo con tono dulce y encantador.

—Federico, ven á valsar, esta vez valsaremos juntos.

—Ottilia! fué lo único que pudo articular el conde, retirándose como asombrado de ver un espectro delante de sí.

—Por Dios, señor conde, dijo el médico de su alteza que examinaba atentamente á la señorita de Wolkenstein, no la contrariéis, haced lo que quiera, porque si la despertais podreis matarla: está dormida.

Federico se hallaba inmóvil contemplando aquella fantasma que se le presentaba como un triste y amargo recuerdo de lo pasado; aquella soberbia criatura abatida por la desgracia, destruida por el sufrimiento; sus grandes ojos azules, como atraídos sobre un objeto invisible; su frente real y magestuosa donde parecían estendidas las alas sombrías del ángel de la muerte; aquella orgullosa Ottilia que blanca, pálida, inanimada como una bella estatua de mármol, venia en su

sueño á visitar el campo de sus antiguas victorias; y al sentir el hielo de aquella mano que apretaba la suya, le parecia que todo era un sueño, una ilusion, una cosa demasiado horrible para ser verdad.

—Ven, Federico, repitió Ottilia, ¿qué aguardas?

Ebersdorf la siguió maquinalmente y el vals empezó. Ligera como el aire perfumado por las flores, vaporosa como una sombra escapada de las tumbas, Ottilia volaba sobre el pavimento sin que nadie pudiese percibir el ruido de sus pasos.

Ceso el vals.

—Aquí hace mucho calor, vamos á tomar el aire, dijo ella conduciendo á Federico al balcon principal, desde donde se veian los jardines del castillo.

La tierra reposaba bajo el manto virginal de la nieve al pálido resplandor de la fria luna de invierno, que matizaba de azuladas sombras aquella silenciosa magnificencia: todo callaba en el cielo y la tierra, hasta el viento dormía sobre las ramas deshojadas de los árboles, sin que la naturaleza exhalase ni un solo suspiro para revelar su melancolía.

—¿Que profunda tranquilidad reina en estos sitios! dijo Ottilia haciendo sentar á Ebersdorf á su lado: ¿ves, Federico, aquellos sauces solitarios al borde del estanque? ¿Y oyes á Desdémona y Ofelia que lloran á su sombra? (1) ¡Ah, Federico, yo tambien he llorado, he llorado durante un año! ¡yo tambien he sufrido! ¡Pero no era necesario sufrir para comprar la felicidad que gozo en este momento! ¿Que cosa tan sublime es la felicidad! ¡En mi dolor, Federico, ¿lo creeras? maldije á Dios... y ahora soy dichosa! Dios ha entrado en mi alma como un torrente de hermosa luz. ¡Santa religion del amor! Me prosterno delante de tí y en tus aras oigo los celestes coros de los ángeles, y veo las puertas de la vida eterna abiertas para mí... ¡Federico! ¡mi bien! pon tu mano sobre mi corazón: ¿sientes este corazón que estaba tan enfermo? el se lanza siempre hacia tí, ¡pero tú estabas muy lejos! ahora... ¡oh! ahora ya está tranquilo porque estás á mi lado.

—Miserable, insensato! exclamó el conde, olvidando en la violencia de su desesperación las precauciones del doctor! ¡todo se acabó! ¡mi felicidad, mi porvenir, mi vida! ¡perdidos, perdidos para siempre! ¡todo sacrificado al infame orgullo!

—El orgullo! repitió lentamente Ottilia... ¡por él he sufrido yo tanto! ¡el orgullo... y despues los celos! Si, Federico, los celos me devoraban: ¿por qué bailaste con ella? ¿no veias que desgarrabas mi corazón? ¿Y las rosas que tú me diste, dónde están? ¡Ah! ¡me parece que respiro todavía su aliento perfumado! ¡Y aquel beso! Federico, ¿negarte yo aquel beso! ¡Si tú supieras todo lo que yo sentía!... Dime, Federico, ¿amas á Enriqueta? respóndeme; ¿la has amado alguna vez?

—Jamás, dijo el conde.

—Y á mí ¿me has amado siempre?

—Mas que á mi vida, respondió él ocultando el rostro entre las manos.

—¿Que porvenir de amor y de felicidad se abre ante nosotros! exclamó Ottilia; sí, nosotros atravesaremos la vida apoyados uno sobre el otro... ¡Dios mío cuán feliz soy ahora!

Y cesó de hablar dejando caer su cabeza en el pecho del conde: sus labios se agitaban dulcemente aunque ninguna expresion salia de su boca, y sus ojos, aunque abiertos parecían participar del anonadamiento en que se hallaba su alma. Así permaneció hasta que se oyeron las primeras notas de un vals de Strauss: entonces levantándose de repente y tomando del brazo á Mr. Ebersdorf:

—¿Lo oyes? exclamó, el vals de media noche, Federico, ¡el mismo vals de ahora un año! la *Gabriela*, mi vals favorito: ven lo bailarás conmigo... ¡siempre conmigo!

Y se lanzó en medio del salon valsando con una especie de furor, sin detenerse una sola vez, como impelida por un torbellino; ¡aprisa! gritaba, ¡mas aprisa! sin que la música ni el mismo Federico pudieran ya seguirla en aquel vals desenfrenado, cuando sonó la primera campanada de las doce: entonces, estenuada y desfallecida cayó en los brazos del conde, y con voz agonizante gritó.—¡Aquel beso!... Federico, ¡aquel beso que yo te negué! ¡ah! ¡tómalo, tómalo!

—Ottilia, vida mía, mi única amada! exclamó Federico fuera de sí, estrechándola contra su pecho y sellando sus labios con apasionados besos.

Un grito espantoso salió de la boca de Ottilia, que se arrojó violentamente de los brazos del conde.

Y cayó á sus pies sin movimiento.

—¿Que habeis hecho? señor conde, gritó el gran duque, ¡la habeis despertado!

—El peligro pasó, dijo el doctor, ya nadie la despertará. En efecto, Ottilia habia muerto.

## Los asteques.

Con este nombre se están exhibiendo actualmente al público de Londres, despues de haber sido presentados á la reina Victoria, dos muestras homeopáticas, varón y hembra, de la misma especie á que tenemos la honra de pertenecer. Aunque como curiosidades etnológicas son muy dignos de llamar la atención de los sabios; para la generalidad de los lectores, todavia es mas maravillosa la historia que á ellos se refiere. Vamos á condensarla en una breve narración, dejando á nuestros lectores en entera libertad de condimentarla *cum grano salis*.

El viajero americano Stephens, en su obra sobre la América Central, se refiere á muchas conversaciones que tuvo con un padre de Santa Cruz de Quiche sobre las antigüedades del país. El padre aseguraba que en su juventud habia subido á lo mas empinado de la sierra, á la altura de 10,000 ó 12,000 pies, y desde allí, echando sus miradas en la inmensa llanura que se estiende desde Yucatan al golfo de Méjico, habia visto distintamente, en una remotísima distancia, una gran ciudad, esparcida en un vasto espacio, «con torres blancas y que brillaban al sol.» Los indios decían

(1) Desdémona y Ofelia, mugeres de Otelo y del Hamlet, de Shakespeare.

que ningun hombre blanco habia penetrado en aquella población, porque los habitantes, cuyo idioma era el maya, los mataban, sabiendo que unos extranjeros blancos se habian hecho dueños de todo el país que los rodeaba. Añadían que no tenían moneda circulante, ni caballos, ni mulas, ni otro animal doméstico, escepto gallinas, pero que guardaban los gallos debajo de tierra, «para evitar que se les oyese cantar de afuera.» Contando esta historia, Stephens opina que la ciudad existe realmente; y aunque él no pudo aventurarse á penetrar en ella, creía que dos hombres jóvenes, de buena constitucion y que pudiesen emplear cinco años en la empresa, lograrían revelar al mundo aquella maravilla. Este párrafo produjo el efecto de inducir á Mr. Huertis de Belmore, americano de origen cubano, y á Mr. Hammond, ingeniero civil de Canadá, á emprender el viaje. Bien equipados estos caballeros, se embarcaron en la Nueva Orleans, y llegaron á Baliza en el otoño de 1848. Por Navidad llegaron á Copan, y allí se juntó con ellos el señor Pedro Velazquez, de San Salvador. Encontraron al padre algo hidrópico, y no tan jovial como en tiempo de Stephens; pero siempre dispuesto á hablar sobre el asunto, y de su mano recibieron una carta de recomendación para el cura de Gueguetenango, en que le encargaba que proporcionase un guía á los viajeros. El cura se burló grandemente de la proyectada expedición; pero en fin, envió dos indios á sus recomendados, y con ellos se pusieron denodadamente en marcha. El 19 de mayo de 1849 cruzaron las cordilleras en latitud de 15°, 48' Norte; altura 9,500 pies sobre el nivel del mar, y 92°, 15' Oeste. Desde allí descubrieron la deseada ciudad con sus telescopios. Siguiéron adelante y llegaron á sus cercanías el 8 de julio, y al punto fueron atacados por muchos centenares de los habitantes. La expedición, que ya habia crecido al número de treinta y cinco hombres, bien armados con rifles giratorios, derrotó á los asteques, haciendo fuego á sus caballos, y perdiendo un solo hombre muerto de un lanzazo. Mr. Huertis recibió tambien una herida casi mortal. Los asquetes condujeron á sus vencedores á la ciudad, donde fueron hospitalariamente recibidos. La historia del padre sobre la falta de animales salió falsa, pues los asquetes poseen grandes rebaños de ciervos, vacas y caballos, y abundan en toda clase de productos agrícolas. La ciudad, llamada Tximaya, cubre cerca de doce millas cuadradas; la rodean murallas de cuarenta pies de alto, y está llena de edificios gigantescos del antiguo tipo asirio. Los viajeros se alojaron en el palacio de los Kaanas, que decían habian acompañado la primera emigración de su pueblo desde las llanuras de Asiria. Sus facciones peculiares y fuertemente caracterizadas, son las mismas que se encuentran en las ruinas de los monumentos de la América Central, y todavia con mas abundancia en la misma Tximaya. Como les está prohibido por sus inviolables leyes sagradas, contraer matrimonio con personas que no sean de su casta, esta ha ido decayendo en el curso de los siglos, y ha quedado reducida á unos pocos individuos de muy diminuta estatura. Sin embargo, todo el pueblo tximoyano los tenía en gran veneración y afecto, probablemente como restos de una caza casi estinguida. Hammond murió durante la residencia de la expedición en la ciudad. Huertis se enamoró de una joven asteca, y quiso persuadirla á que huyese con él. La pérdida doncella denunció á su amante, y este, que habia tenido la debilidad de asistir á los ritos paganos de aquella gente, fué sacrificado en el altar del sol. Velazquez tuvo mejor suerte. Temeroso de lo que podia suceder, él y sus compañeros proyectaron fugarse, acompañados por un asteca llamado Vaalpeor, tutor y custodio de los dos niños Kaamas, que se exhiben ahora á la curiosidad de los ingleses. Su fuga fué descubierta; pero Velazquez y los quince que lo acompañaban se abrieron camino con las armas, y en el siguiente febrero llegaron á San Salvador con los niños. Vaalpeor murió en el camino.

Los dos asteques son varón y hembra: aquel tiene diez y nueve años y esta once, su estatura es de tres pies, y están regularmente formados, aunque sus cabezas son desproporcionadamente pequeñas. Son muy notables sus facciones, particularmente las del muchacho, pues la nariz y la mandíbula superior son muy prominentes, y todo su aspecto tiene una gran afinidad con la fisonomía hebrea, grandemente exagerada. La muchacha se acerca mas al tipo mulato, y sus cabellos son mas crespos que los de su compañero, los cuales son largos y sedosos. Se sientan en postura semejante á la de los ídolos mejicanos. Dicen que los asteques los colocaban en los altares para adorarlos. No parece que usen idioma propio, aunque manifiestan una extraordinaria aptitud para aprender palabras del ingles. Los modales son los de la niñez, y la muchacha parece mas viva que su compañero.

Como no estamos en el siglo en que los viajeros hacían traer enormes píldoras á los curiosos, es probable que se investiguen los fundamentos de esta narrativa y que el amigo Velazquez tenga que rectificar algunos pormenores. Lo cierto es que, según los periódicos ingleses, los tales kaames ó asteques, ofrecen un vasto campo de observaciones á los hombres científicos.

## A. N.

### SONETO.

Cabe la márgen del Genil echada  
Sobre una alfombra de mullidas flores,  
El antiguo poder de sus señores  
Tal vez recuerda con dolor Granada.  
En aquella mansion afortunada,  
Rico nido oriental de los amores,  
Gastó Anteros mas dardos voladores  
Que muertes hizo la cristiana espada.  
Allí espresaba su pasión dichosa  
En los juegos de cañas y sortijas  
El justador con ingeniosos lemas;  
Pero debe de estar mas orgullosa  
Granada por contarte entre sus hijas  
Que por todas sus Zaidas y Zulemas.

F. BELLO



## Caprichos, por Marcelino.



Caña con puño de marfil para fortificar la dentadura.



Talmas de última moda para los perros.



Figurines de modas para hombres.



Una mujer encantadora al través de un velo de blonda.



Postura académica en las sillas del Prado.



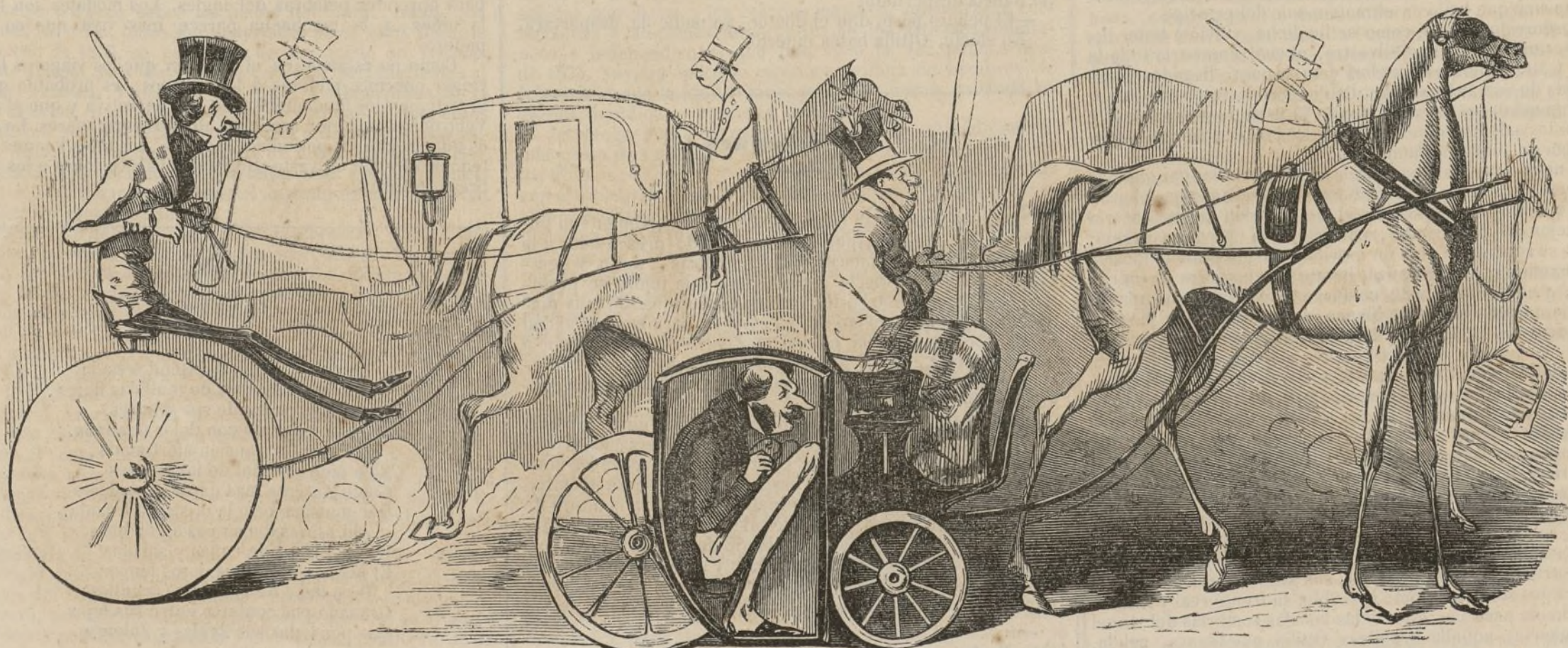
Dos parroquianos de una ropería célebre.



Mi groom.



Nuevo sistema para alumbrar el paseo del Prado.



Coches de armas y coches de plaza.



Caprichos, por Marcelino.



Intervención del fisco en la familia.



El sombrero que va y el sombrero que viene.



Figurines de modas para señoras.



Un filósofo de provincia venido á la corte para verlo todo.



El sombrero que viene y el sombrero que va.

EJERCICIOS DE EQUITACION.



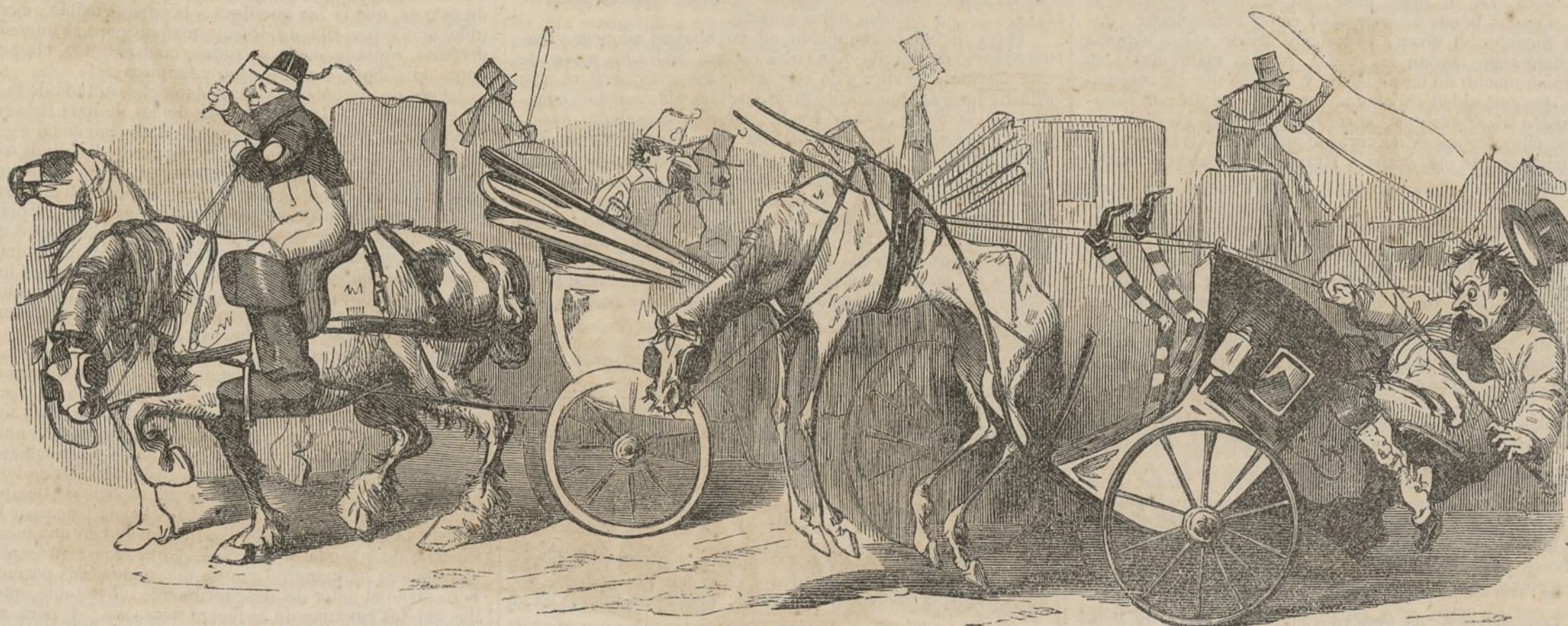
Un joven que no ha tomado mas que 198 lecciones

Milord.

Abandono lleno de gracia.

El maestro de sus discípulos.

Clorinda y Tancredo.



Coches de plaza y coches de armas.



## Una historia de la época de los templarios.

En los tiempos del rey Felipe el Hermoso, monseñor Renaud de Bar, obispo de Metz, muy célebre por su alta sabiduría y maravillosa inteligencia en las cosas espirituales y terrestres, acababa de arrestar en todos los dominios del obispado, en un mismo día y a una misma hora, a todos los caballeros del Temple, lo mismo que había sucedido en los demás países de la cristiandad.

El por qué de esta rigorosa medida era un enigma para la mayor parte de las gentes. A pesar de los extraños rumores que circulaban entre el pueblo, se acusaba de sortilegios y de maleficios a los templarios; porque a la relación de las acciones infames de que se les acusaba, los hombres reputados por mas probos, los mas profundos del país, se sonreían con incredulidad, y meneaban la cabeza con aire de duda, dando mucho que pensar.

Fuese lo que fuese, el día en que comienza esta historia, el caballero Hanmar de Dan, castellano de Diense, y en esta calidad vasallo del obispo, había arrancado de su convento y arrojado en un calabozo del castillo al comendador Burnik y al joven caballero Ferry de Hamburgo, que habían vuelto con el gran maestro de Oriente, donde habían adquirido gran renombre y prez por su valor y prodigiosas hazañas. Aguardaban los dos, tendidos sobre la húmeda paja de su calabozo, el interrogatorio que debían hacerles sufrir al día siguiente, verdadera irrisión é insulto que encontraba impasible al anciano comendador, fuerte con su inocencia, y que hacía hervir de ira la sangre en las arterias del caballero. Ferry bramaba de rabia pensando en los sufrimientos de la prisión y en los infames suplicios que sufriría, tal vez, el noble Burnik, éste su solo amigo, éste el solo que le quedaba en el mundo, éste el solo que podía aun arrojar sobre él una mirada de afecto y de inteligencia personal, leer en su alma sus penas y sus dolores, sus alegrías y pesares, para consolar las unas y participar de las otras. Así, pues, rodeaba al anciano de todo el amor y toda la veneración de un hijo respetuoso. Había sido confiado al comendador por su padre moribundo; cerca de él había pasado sus primeros años; a su lado había hecho sus primeras campañas, y ganado sus espuelas de caballero; y estos recuerdos permanecían siempre en su corazón de joven, vivos y palpitantes. Entre estos dos hombres, además de la fraternidad de origen, se había establecido como una participación y una piedad filial, y una comunidad de vida, de pensamientos, de placeres y peligros. El anciano había salvado la vida del joven, y el joven la del anciano, mancomunidad interesante y reciproca, y poderosa sobre todo en aquella época de creencia y de fe. Así Ferry amaba al comendador con toda la profundidad del sentimiento que distingue tan eminentemente a las almas grandes; le amaba como hubiera amado a su madre la noble castellana Margarita de Hamburgo, que había perdido cuando se hallaba aun en la cuna. Aquel mismo día había intentado defender a Burnik contra las gentes del castillo, y había manejado la espada rudamente; pero solo contra una tropa numerosa de sayones, bien pronto fué derribado al suelo, desarmado y arrastrado sobre el puente que unía la ciudad con el castillo. Allí su mirada había encontrado la de Eloisa, la rubia doncella, la hija predilecta de Hanmar, que pálida, desolada, con las manos juntas, contemplaba con terror desde la primera torre este desigual combate. ¡Oh cuán bella é inocente joven era Eloisa de Dan! Y seguramente no aborrecía al caballero de Hamburgo. ¡Cuántas veces se la veía aguardar devotamente a que comenzase la santa misa en la iglesia de los Templarios, que era también la de la ciudad! Desde que resonaban sobre las primeras losas de mármol las pisadas graves y el ruido de las espuelas, un ligero color de púrpura cubría sus mejillas, y aunque parecía absorbida en su piadosa lectura no veía mas que confusamente las ricas pinturas recargadas de oro y azul tan minuciosamente ejecutadas sobre su hermoso libro de pergamino, y es porque entonces sus ojos se fijaban en los del guerrero con casco brillante y blanco penacho que se adelantaba con su capa negra sobre la cual brillaba la blanca cruz de la orden de Malta.

Burnik, el primero de los dos caballeros, era un hermoso anciano de cabellos blancos, empero aun vigoroso y capaz de combatir valientemente a los infieles. El otro, muy joven, empero gracioso é interesante bajo su pesada coraza de hierro, era Ferry, el hermoso, el aguerrido y el apuesto caballero. En su firme paso, en su hermosa estatura, en las miradas llenas de magestad en el comendador, llenas de fuego en el joven, se hubiera creído ver a algunos de los dioses que cantan los poetas, porque seguramente se distinguían mucho de los plebeyos y villanos que los contemplaban con curiosidad. Si alguna vez Eloisa se atrevía ruborizándose a alzar sus ojos, encontraba siempre los de Ferry fijos en ella. Entonces su corazón palpitaba vivamente, y su imaginación se entregaba a largos y placenteros ensueños de amor.

### II.

A la mañana siguiente se encontraba reunida en el patio del castillo una noble y numerosa asamblea. Allí estaba monseñor el obispo de Renaud, prelado ambicioso y cruel que obedecía con una servil alegría las órdenes del papa y del rey de Francia. Allí estaban los poderosos abades, monjes y señores mas nombrados. Allí se veían también las abadesas de Ide y otros puntos, porque en aquel tiempo en que los príncipes de la iglesia se servían de sus cruces episcopales a manera de espada, las esposas de Cristo no temían apacentar sus ojos con el espectáculo de los suplicios.

Estos hombres y estas mugeres que van a juzgar a los desgraciados prisioneros, estaban profundamente celosos de la gloria y de las grandes riquezas de los caballeros del Temple, y si se hubiesen visto los últimos pliegues de su alma no se hubiera encontrado en ellos mas que odio y sed de venganza. Maravilloso era este espectáculo. Véase el

resplandor de las mitras y las cruces de oro de los abades, al lado de las brillantes armaduras de los señores, caballeros y soldados. Los letrados se hallaban también al lado de sus señores. Asimismo estaban los verdugos con los instrumentos de la tortura, porque el santo tribunal quería obtener de los templarios las necesarias confesiones para su condenación, decidida y jurada ya de antemano; los jueces estaban bien elegidos. La orden era demasiado rica, orgullosa y poderosa, para no excitar la envidia y la codicia de los acusadores, demasiado interesados en su destrucción para que la perdonasen. Mas de un abad codicioso y cauteloso, mas de un señor codicioso y brutal, veían en su condenación los medios de agrandar sus posesiones y aumentar el número de sus vasallos.

Cinco caballeros fueron sacados del calabozo donde los habían sepultado, entre ellos Burnik y Ferry. Ni ellos, ni los otros tres comprendían los motivos de esta violencia repentina é imprevista; así es que trataban de adivinar sobre los rostros frios y perfectamente desnudos de espresión de sus jueces la causa. Aguardaron algunos instantes: el silencio era tan grande y tan lleno de una triste severidad que hubiérase creído esta asamblea una reunión de muertos.

Antes de empezar el interrogatorio, el abad de San Vicente amonestó a los acusados y les dijo que se les concedería gracia y perdón a los que espontáneamente confesaran sus crímenes y las prácticas impías de que se les acusaba. Esta exhortación era análoga al sistema de interrogatorio que mas tarde la Inquisición adoptó. Los cinco caballeros, pálidos de indignación, respondieron que estaban resueltos a sostener hasta la muerte la inocencia de su orden. Comenzaban a adivinar el verdadero motivo porque el abad de San Vicente había mezclado entre sus palabras el nombre del rey Felipe. El obispo se dirigió entonces al comendador, que se hallaba a la cabeza de sus caballeros en el momento de la venganza y del suplicio, como en otro tiempo se hallaba colocado en el momento de la gloria y del combate.

—Yo te invito, le dijo el abad de San Vicente con voz alta, a que confieses espontáneamente los crímenes enormes de que los caballeros son acusados, a saber: renunciar a Nuestro Señor Jesucristo; despreciar la cruz, sobre la que escupen tres veces al tiempo de ser recibidos; la sodomía abominable de que no temen mancharse; los sacrificios de niños, y la profanación de la sangre de Nuestro Señor oculto en el espíritu maligno; la horrible impiedad de hacer adorar al ídolo, cuya cabeza es de plata, y que hace ceñirse con una pequeña cuerda que les sirve como de amuleto....

—Detente, exclamó el comendador que hasta entonces había desdeñosamente escuchado sus palabras con los brazos cruzados sobre el pecho; detente, porque en nombre de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo tú eres el que blasfemas....

Estupefacto quedó un instante el obispo con esta audaz interrupción. Después furioso hizo una señal a los verdugos, y estos apoderándose como de una presa del anciano que permanecía tranquilo, impasible y frío delante de la cólera de sus jueces, le fijaron rudamente sobre una silla, cuyo respaldo estaba guarnecido de puntas cortas y afiladas de acero, mientras que dos brazos de hierro venían a apretar y comprimir el pecho del paciente. Bien pronto su noble semblante palideció, y se puso encarnado a su vez bajo el abrazo terrible é impio de la tortura; erizáronse sus venerables cabellos blancos; bañóse de un sudor frío; contrajéronse sus labios; sus ojos saltaron violentamente fuera de su ensangrentada órbita, y todo su cuerpo se agitó con un movimiento convulsivo. ¡Oh cuán horrible espectáculo era el de aquel anciano, cuyo cuerpo el hierro hería y destrozaba al mismo tiempo! El obispo contemplaba con una sonrisa de alegría los sufrimientos del hombre que había osado desafiar su poder en todo su aparato y magestad. Después cuando se satisfizo de este atroz placer, exclamó con amarga ironía: tal vez confesarás ahora; y su falsa y cruel mirada trataba de espiar una confesión sobre los labios del templario; empero no encontró mas que una mirada abatida y dolorosa, a la que la indignación añadió aun una espresión de desprecio. Monseñor de Renaud veía escapársele su triunfo delante de esta admirable firmeza; entonces se salió del tribunal.

Repentinamente la boca de Burnik se abrió con un violento esfuerzo; el silencio redobló en la asamblea, iba sin duda a hablar.... a confesar.... pero no, era su aliento que salía con el estertor de la agonía. Los dos brazos de hierro, terrible mecanismo inventado para el tormento, continuaban apretando sin piedad su pecho; bien pronto no se oyó mas que un áspero silbido.... después saltaron algunas gotas de sangre.... el anciano había muerto.

Ferry había contemplado en un abatido silencio y como absorto de estupor esta triste escena, todos los pasos de este asesinato jurídico y de este interrogatorio donde el odio armado luchaba con la inocencia encadenada; empero cuando vio a su amigo, a su padre.... muerto, asesinado, asesinado lentamente sobre esa infernal silla, él que no se defendía, él que no quería mentir a sus juramentos, asesinado él delante de tantos nobles señores sin que uno solo se levantara de indignación y viniese a interponer su espada entre el verdugo y la víctima, entonces no pudo contener su desesperación y su rabia, se lanzó sobre el obispo queriendo hacerle pedazos con sus pies, mirándole como el verdadero asesino del noble comendador; pero todos sus movimientos estaban vigilados y al instante fue derribado al suelo y encadenado. Todo esto era horrible.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## Estudios filosóficos sobre los descubrimientos científicos modernos (1).

### II.

Al someter a un examen razonado y científico, las vicisitudes porque han pasado todos y cada uno de los descubrimientos modernos mas importantes, hasta presentarse en el

(1) Véase el número 17.

apogeo de su celebridad, hasta que se han acogido con entusiasmo, por apreciar debidamente su valor; preciso es que analicemos, como indicamos en nuestro anterior artículo, no tan solo los rasgos mas culminantes de su historia, sino también el estado de desarrollo intelectual y material de la nación en cuyo seno han germinado, para deducir después filosóficamente, la causa, el por qué, el algo activo que ha influido necesariamente para su presentación, en una época determinada. Obrar de otra manera, sería formar un juicio incompleto, porque careceríamos del conocimiento exacto de los dos términos de la comparación, a saber: primero el que resulta de la parte histórica del hecho que analizamos, y segundo el que suministra el estudio del fin ú objeto a que el hecho en sí tiende, para ver después si las relaciones que entre uno y otro existen, manifiestan que el descubrimiento científico apareció en la escena de la vida de las sociedades, en el instante mismo en que estaba llamado a representar un importante papel. He aquí el método que pensamos seguir en nuestras investigaciones, he aquí el sistema que en nuestro concepto ha de conducirnos directamente al termino adonde nos proponemos llegar.

Pero, como si hubiéramos de analizar uno por uno los descubrimientos científicos modernos, que por su importancia merecen llamar la atención de los hombres pensadores, se haría nuestra tarea interminable, no juzgamos fuera de propósito hacer mención de los que nos van a ocupar, y que son: la fotografía, la galvanoplastia, la airestacion, la telegrafía y las máquinas de vapor consideradas en sus mas importantes aplicaciones, especialmente en las que conciernen a la locomoción.

Previas las consideraciones antedichas, pasemos a ocuparnos en el presente artículo de la fotografía.

Niepe y Daguerre, nombres que se pronuncian con veneración y respeto por los que se dedican al estudio de este ramo de las ciencias físicas, corresponden a los descubridores de la fotografía, de el medio de fijar las imágenes pasajeras que los cuerpos producen, puestos al frente de un espejo, del arte que tantos progresos ha introducido en ciencias de importancia y aplicación. Espongamos sumariamente la historia de este descubrimiento.

Tan luego como la óptica, esa parte de la física que tantos auxilios ha prestado y presta a las ciencias naturales y de observación, contó en el número de los aparatos que la corresponden, la cámara oscura, y se comenzaron a observar las imágenes que en ella aparecían; tan luego como basados en sus propiedades se multiplicaron los instrumentos destinados a la física recreativa, se pensó en la conveniencia de la adquisición de un procedimiento que fijara con caracteres indelebiles, aquellas bellísimas imágenes que en su fondo aparecían, y que combinadas de maneras diversas, realizan mil creaciones fantásticas.

Varias tentativas se practicaron con este objeto, pero todas en vano. Agotada la imaginación de muchos sabios, apurados los experimentos, frustradas mil esperanzas, se declaró por el ilustre Humphry Davy, que el problema era irresoluble. Divulgarse por el mundo científico, la opinión de aquel hombre insigne emitida de una manera tan explícita y terminante, y abandonar el campo de las investigaciones, desesperanzados del éxito, todos los que se ocupaban de estos trabajos, para repetir en coro las proféticas palabras del eminente inglés, fué todo una misma cosa, con lo que parecía tocar a su término la cuestión; pero no sucedió así.

Por los años de 1815, un francés, retirado a las orillas del Saona, amante decidido de las ciencias físicas, tanto que en compañía de sus hermanos presentó en 1806 una máquina motora, en la cual el aire caliente reemplazaba al vapor, dedicado en aquella época al cultivo de las plantas tintóreas, ignorando sin duda el vaticinio de Davy y sin otras nociones que las que tiene todo el que se dedica a la pintura, emprendió una serie de investigaciones que a fuerza de asiduidad se vieron coronadas con un éxito feliz.

Con efecto, recordando la propiedad que tiene el betún de Judea de blanquear en contacto de la luz, y los compuestos incoloros de plata de ennegrecerse por la acción del mismo agente, le ocurrió la idea tan feliz como ingeniosa de tomar un grabado que impregnándole con una sustancia que aumentara su transparencia, y después aplicándole sobre una lámina de estaño previamente recubierta de una capa de betún de Judea, someterla a la acción de los rayos luminosos. Lo que sucedería fácilmente se concibe: las partes negras del grabado no permiten el paso a la luz, las medias tintas dejan penetrar una cantidad mayor ó menor, según que están mas ó menos pronunciadas, y las partes claras reciben y dan paso a todos los rayos que comprenden en su extensión. Resultado de esto es, que la luz que llega a la capa sensible, ejerce su influencia sobre ella de distinta manera por sus intensidades diversas, reproduciendo las tintas, medias tintas, claros y oscuros del dibujo, con precisión y limpieza.

¿Pero de que modo se examinaba el resultado de la prueba y se ofrecía a la observación de los demás? He aquí una dificultad de consideración, porque tan luego como espusiera la placa para su examen en presencia de los rayos solares, todas sus partes se impresionarían igualmente y el dibujo quedaba reducido a una lámina blanca, igual por todos sus puntos. Para obviar este inconveniente, sumergió la placa en esencia de lavanda, la cual disuelve todas las partes que no se han modificado por las impresiones del agente luminoso. El problema de reproducir dibujos por la acción de la luz, estaba ya resuelto por un hombre desconocido é ignorado, pero a quien la humanidad debe uno de sus mas notables descubrimientos. José Niepe fué este hombre.

Obtenido este primer triunfo, dirigió sus miradas a la cámara oscura, cruzó por su imaginación un rayo de esperanza, juzgando que fijaría las imágenes que aparecen en la misma, y en el año de 1824 consiguió su objeto de la manera siguiente. Una lámina de cobre plateada, la recubrió con una capa de betún de Judea, y la colocó en el fondo de la cámara, haciendo caer sobre ella la imagen transmitida por la lente del aparato. Esta imagen al cabo de un espacio de tiempo bastante considerable, se reproducía sobre la placa por las razones que se marcaba el dibujo, se lavaba en una mezcla de esencia de lavanda y petróleo, y quedaba representada de una manera permanente con los mas minuciosos pormenores. Pero juzgó el autor de descubrimiento tan notable, que aquellos objetos carecían de la fuerza necesaria, y para activarla, discurrió un seguro medio, con su genio fecundo y pen-

(1) Véase acerca de los templarios el artículo inserto en el tomo VI del Museo, pag 25.



sador. Espuso las láminas a la acción de los vapores del yodo, y obtuvo un fondo negro correspondiente a las partes no atacadas por la luz, y sobre el cual se destacaban con vigor los lineamentos blancos de las porciones impresionadas de betún de Judea.

Este sistema, excelente para la reproducción de los grabados y dibujos, no podía aplicarse a la confección de retratos, por necesitarse mucho tiempo, y quedó tan solo reducido al primer objeto. Se inauguró, pues, la *heliografía*, o sea el arte de trasladar un dibujo a una lámina metálica, sin la intervención de mas agentes que la luz y un ácido que atacase las partes del metal que quedaban al descubierto después del lavado, sirviendo desde luego para tiradas tipográficas.

Remitió Niepce sus pruebas a Londres y volvió a recogerlas quedando sumido en la oscuridad del secreto este importante trabajo.

Por la misma época, se dedicaba a este género de investigaciones, un hábil pintor establecido en París, dotado de conocimientos especiales de las propiedades de la luz, como inventor del diorama; pero a pesar de muchos experimentos dirigidos a este fin, no había logrado nada que le esperanzase. Una casualidad hizo que tuviese noticias de Mr. Niepce, entabló con él relaciones, examinó los resultados de éste, y asociados por fin, se dedicaron a trabajar de consuno en la perfección y mejora de lo que ya tenían. Daguerre reemplazó el betún de Judea con la resina que se obtiene por la destilación de la esencia de lavanda, y en vez de lavar las placas, se sometían a la acción de los vapores que la misma esencia desprende a la temperatura ordinaria. Estos vapores se fijaban en las partes no atacadas por la luz, condensándose en las sombras.

A pesar de tantos trabajos, investigaciones y esperiencias, no se hubieran colocado en el verdadero terreno, si una casualidad no les marcara el rumbo que debían seguir. La circunstancia de dejar olvidada una porción de yodo sobre una placa preparada, les hizo percibir la impresión que quedaba en la misma por la sola acción de la luz ambiente, y al ver la rapidez con que se verificó y después de repetidos ensayos, convinieron en sustituir el yodo a los betunes y materias resinosas, con lo cual aseguraron definitivamente el éxito de su empresa.

¡Pero estaba escrito en los libros del destino que la gloria del descubrimiento al hacerse público; el lauro reservado a veinte años de continuados desvelos, no había de recogerle el principal descubridor! Con efecto, Niepce murió pobre y desconocido el 5 de julio de 1833.

Solo ya Mr. Daguerre, continuó su obra con ardor y entusiasmo, y el 7 de enero de 1839, encargó a Mr. Arago, comunicara su descubrimiento a la Academia de Ciencias. Esta sabia corporación no pudo escuchar sin entusiasmo tan importante adelanto, y enteradas las cámaras por dos de los mas ilustres miembros de la Academia, acordaron se concediera una pensión al hijo de Niepce y a Mr. Daguerre con el honoroso título de RECOMPENSA NACIONAL.

Aplicado el descubrimiento a la reproducción de grabados y a la confección de retratos, valiéndose de la representación de las imágenes en la cámara oscura, y ya del dominio público, se vio París inundado de muestras fotográficas, que contestaban con orgullo y triunfo al vaticinio de Davy, dejándole desmentido.

(Se concluirá.)

JUAN MANUEL PEREZ TERAN.

### Las tres pruebas.

(Conclusion.)

—Yo haré la fortuna, dijo el viejo, del que me los traiga muertos o vivos, pero si puede ser vivos. Adelante, y cuidado con hacer mucho ruido.

Entonces, todos los que componían aquella jauría sedienta de sangre, se esforzaron en no quedarse rezagados: las espuelas estaban enrojecidas, y los corceles cubiertos de espuma. Jack y la dama atravesaban un prado, sin sospechar que sus perseguidores estuviesen tan cerca, é iban conversando acerca de los días tan agradables que pasarían en Irlanda, cuando oyeron que ya les iban a los alcances.

—Con la velocidad del rayo, Jack, le dijo, ¡oh, somos perdidos! ¡La oreja derecha y la oreja izquierda en un abrir y cerrar de ojos! ¡ya están a tres pasos de nosotros!

Pero Jack sabía muy bien lo que tenía que hacer, porque precisamente en el momento en que aquel miserable decara avinagrada, con una espada muy larga en la mano, iba a arrojar sobre ellos, seguro de matarlos o hacerlos prisioneros, Jack tiró por encima de su hombro izquierdo una gota de agua verdusca que había encontrado en la oreja de la yegua, y al instante se interpuso entre ellos un sombrío y profundo abismo lleno de una agua negruzca que se asemejaba a la pez. La dama entonces, mandó a Jack que parase un poco la yegua para ver que le ocurría a su enemigo, y al volverse, observaron que el malvado viejo, metió las espuelas en los ijares de su caballo, y ciego de cólera, se precipitó con el animal en aquella sima, no vista ni conocida. Los que le acompañaban, se volvieron a sus hogares, y allí comenzaron a disputarse sus riquezas, con tanto encarnizamiento, que se mataron unos a otros, y no quedó uno de aquellos vagabundos para gozar de ellas.

Cuando Jack vio el giro que iban tomando las cosas, y que el viejo bebedor de sangre había recibido completamente su merecido, se conceptuó tan feliz como un príncipe, y aun diez veces mas, é hizo entre sí algunas reflexiones acerca de como anda el mundo; la dama no estaba menos gozosa.

—Ya no tenemos nada que temer, le dijo, por lo menos vos; porque yo tengo que sufrir todavía una prueba, y el éxito, Jack, depende de vuestra fidelidad y constancia.

—Muy duro es para mí, contestó Jack, el no tener mas que palabras para probaros que podeis contar conmigo.

—Seguramente cuento con vos, le replicó. Cuando llegue el momento de la prueba, en nombre de vuestro amor, no

olvideis a la que os ha salvado de tantos peligros y que os ha hecho tan rico y tan poderoso.

Jack comprendía muy bien la primera parte de aquella frase; pero la segunda, o sea la que hacía alusión a su riqueza, le pareció un poco oscura, puesto que todavía no la había tocado con la mano: sin embargo, sabía que la dama era la franqueza misma, é incapaz de engañarle. No habían andado mucho camino, cuando Jack, haciendo castañetear los dedos, exclamó:

—Hele ahí, hermosa, querida mía, héle ahí al concluir esa pradera!

—¿Qué he de ver, Jack? dijo la dama sorprendida de aquel trasporte de júbilo.

—El Shannon, el río, hermosa adorada! En pasando a la orilla opuesta, ya estamos en Irlanda.

La felicidad de Jack no conoció límites cuando se vio al otro lado del Shannon, y su bella compañera no sintió el menor disgusto al verle tan dichoso. Ya no tenían enemigos que temer: se encontraban en un país civilizado, en unas llanuras cubiertas de verdor, y entre gentes bien criadas. Viajaron, pues, cómoda y descansadamente, hasta que estuvieron a algunas millas de la ciudad de Knockindowny, cerca de la cual vivía la madre de Jack.

—Jack, le dijo la dama, os he prometido enriqueceros. Ya conocéis el peñasco que está al lado de la casa de vuestra madre: al Este de ese peñasco hay una piedra cubierta con un musgo ceniciento, dos pies justos por debajo de la hendidura de donde sale un arbusto frecuentado por las aves: levanta aquella piedra y encontrareis mas oro que el que se necesita para ser duque. No habéis a nadie, y que ninguna criatura viviente toque vuestros labios antes de que volváis a mí: sino, olvidareis que jamás me habeis visto, y yo me quedaré pobre y sin amigos en un país extranjero.

—Mi alma está en vos, dijo Jack, pero el medio mejor para mantenerme en guardia contra ese riesgo, es el tocar vuestros labios en este mismo momento; y la dió un ósculo tan ardiente, que en una noche serena, se hubiera podido oír a larga distancia. Jack corrió con tanta presteza a tocar el dinero, que cuando caía, apenas daba tiempo a levantarse: así es, que bien pronto estuvo en el peñasco, y efectivamente encontró un bonito nido de verdaderas guineas de oro, frescas como las rosas de primavera. Lo primero que hizo después de llenarse de ellas los bolsillos, fué mirar la cabaña de su madre que estaba enfrente de él, tan linda como siempre y con su hermoso penacho de humo como tenía de costumbre.

—Es necesario que vaya a entreabrir un poco la puerta y dirigir una mirada a mi pobre madre, dijo para sí: la arrojaré un puñado de esas guineas y echaré a correr.

En efecto, abrió un poco la puerta, y alargó la cabeza, cuando salió su perrillo Tríg, meneando la cola, y dando saltos para colmarle de caricias. Salíó tambien su madre para ver lo que era aquello, y en el mismo acto el perro dió un salto, y gozoso de volverle a ver le dió una lenguetada en los labios: al momento Jack olvidó a la dama como si nunca la hubiera visto, pero a pesar de su poca memoria no olvidó el dinero.

Cuando su madre vió quien era, corrió a él, y echándole los brazos al cuello, le estrechó contra su corazón, hasta que se le agotaron las fuerzas. Jack, después de serenarse un poco, trató de contarla sus aventuras, pero no se acordaba ya de nada mas que de que tenía dinero en el peñasco: la manifestó su buena fortuna, y la anciana se puso contentísima. Sin embargo, no la dijo en que sitio tenía su tesoro, pues ella le había advertido con frecuencia que no confiase sus secretos a ninguna muger, si podía obrar de otro modo.

Todo el mundo sabe que mudanza produce el dinero, y Jack no fué escepcion de esta regla. Al cabo de algunos años había construido un palacio con trescientas sesenta y cuatro ventanas, y habría añadido otra para tener una paracada día del año, si no hubiese sido porque entonces serian iguales en número a las del palacio de S. M. y temía le enviasen el lord de la vara negra para cortarle la cabeza, puesto que es un crimen de alta traición, el que un súbdito tenga en su casa tantas ventanas como el rey. Jack, por otra parte, tenía bastantes, y el que no sabe ser feliz con trescientas sesenta y cuatro ventanas, no merece tener trescientas sesenta y cinco. Además de eso, compró muchas carrozas, y no se envaneció como otros que pasan repentinamente de la indigencia a la opulencia; pero cuidó mucho a su madre, la vistió de seda y de raso, y la hizo tomar alimentos nutritivos cual convenia a una muger de su edad. Hizo venir de Dublin maestros muy sabios, y como tenía buena disposición, adelantó mucho en poco tiempo, y concluyó por igualar y aun esceder a sus catedráticos.

Vivió de este modo algunos años. Todos se preguntaban de que modo había adquirido una fortuna tan colosal; pero como era bondadoso y caritativo para con todos los que se encontraban en necesidad, convenian unánimemente en decir que no podía estar en mejores manos. Al fin pensó en casarse, y el único partido que podía convenirle en el país, era la honorable miss Bandbox, hija de un señor de las inmediaciones. En cuanto a hermosura, no era posible disputársela; pero decían que era orgullosa y que tenía mucha ambición: efectivamente era así. Pero sea lo que fuere, Jack no vió nada de eso, porque cuantas veces iba a visitarla en casa de su padre, la timada procuraba agradarle, haciendo mil monadas. Jack creyó que ya era llegado el caso de declararse; la dirigió algunas expresiones, y ella aparentando ruborizarse se tapó el rostro con el abanico y no contestó. Pero Jack no era hombre capaz de intimidarse, porque sabía dos cosas que merecen la pena de ser sabidas: la primera que es preciso tener audacia con las mugeres; y la segunda, que quien nada dice, consiente. La habló, pues, en buen inglés, porque ya le había aprendido, y después de ruborizarse mucho, y de hacer jugar el abanico, prestó su consentimiento. Jack entonces, fué a avistarse con el padre, que era tan aficionado al dinero como la hija, y desaba tener un yerno tan provisto de oro.

Cuando se estaba estendiendo el contrato, el viejo Bandbox, dijo a Jack: caballero Magennis, (pues nadie le llamaba Jack mas que su madre), si quereis casaros con mi hija miss Grippy, es necesario hacer dos cosas: enviar a vuestra madre a vivir lejos de vos, y derribar la cabaña en donde viviais antes. Grippy dice que eso la recordaría vuestro oscuro nacimiento y vuestra pobreza, y como tiene un corazón elevado y unos nervios muy delicados, declara, caballero Magennis, que eso no podría soportarlo.

—Servidor vuestro, dijo Jack: sino quiere casarse conmigo sin esas condiciones, hacella presentes mis respetos, y no pasemos de ahí.

Aquella respuesta los hizo variar de tono, y antes de que concluyese la semana, se creyeron muy felices en acceder a lo que él quería. Jack veía cumplirse sus deseos: todo estaba preparado para la boda, y ya no le faltaba nada mas que la bendición nupcial, que iba a efectuarse muy luego.

En fin, llegó el gran día: los cocineros estaban muy afeitados: los criados iban y venian por todas partes, con ricas libreas, rostro radiante de alegría, guantes blancos en las manos, y sombreros con galones. En fin, todos los convidados a la boda habían ido a almorzar al palacio de Jack, prontos a ceder la palabra al sacerdote cuando hubiesen concluido; porque en aquel tiempo nadie se embarcaba sin bizcocho en semejante ceremonia. Estaban, pues, todos a la mesa, los hombres con sus mejores vestidos, y las mugeres con trajes de seda y riquísimas pedrerías: pero de todo cuanto allí había, nada era comparable con los novios. En cuanto a Jack no era posible creer que no hubiese nacido noble; y lo que le hacía mas honor, era que tenía sentada al lado de su futura, a su anciana madre, para dar a entender que una persona honrada, aunque sea pobre, no es por eso menos digna de ser la compañera de un rey.

Cuando concluyó el desayuno, el sacerdote se levantó y se puso la sobrepelliz para casarlos. Los novios se encaminaron al extremo del salon, seguidos de sus padres, y los demas convidados se colocaron a derecha é izquierda con el mayor orden, y sin tropezarse unos a otros. El sacerdote sacó su libro, é iba a proceder al enlace, cuando entró un conocido antiguo de Jack, el perro de la pipa, mas grave que nunca. No había pronunciado tres palabras en latin, el ministro del altar, cuando el perro le tiró de la manga. El sacerdote, como era natural, se volvió para ver lo que era: «Tened cuidado con lo que haceis, le dijo el perro en el momento que le miraba, tened cuidado con lo que haceis,» y se sentó sobre sus pies traseros al lado del sacerdote; y sacando un cigarro, en lugar de la pipa, se puso a fumar con bastante afición. Toda la sociedad, por poco cae al suelo asustada.

—En nombre de San Antonio y de Santa Teresa, le dijo el reverendo, ¿quién eres?

—Poco importa contestó el perro, quitándose por un instante el cigarro de la boca; pero si quereis saberlo, soy vuestro primo en el grado treinta y dos, por línea materna.

—Te mando en nombre de todos los santos, dijo el sacerdote, que salgas de aquí y no vuelvas a parecer.

—Pues no me muevo, replicó el perro, hasta que se haga justicia y los malévolos vean defraudadas sus esperanzas.

Pudiera creerse que las señoras se asustarian mucho de oír hablar a un perro, mas, sin embargo, tuvieron menos miedo que algunos hombres, porque observaron que cuando el perro hablaba lo hacía con mucha cortesía, moviendo la mano y la cola con mucha gracia.

—Traedme sal y agua para bendecir, dijo el sacerdote a uno de sus ayudantes, para conjurar al diablo que se nos ha aparecido hoy en medio de la luz del día, bajo la forma de perro.

—Mejor hariais en mirar lo que vais a ejecutar, repitió el perro, porque este matrimonio es imposible.

—Aguarda un poco, Satanás, contestó el reverendo.

Al concluir estas palabras, llegó a galope tendido un oficial, que en un abrir y cerrar de ojos echó pie a tierra y entró en el salon. Al verle, el perro aplicó su mano a la nariz segun tenia de costumbre, é hizo con el ojo una seña al novio, como si quisiese decirle: «Mira bien lo que va a suceder.»

Es una cosa sumamente estraña, pero Jack se acordaba muy bien del perro, y no conservaba el menor recuerdo de la encantadora jóven, que todo lo había sacrificado por él. Al ver al oficial, la novia se sintió indispueta, y aquel se dirigió a Jack y le dijo: «Caballero, ¿iba a casarse con vos esa señorita?»

—Ciertamente, respondió Jack.

—Pues bien, caballero, replicó el otro, lo que puedo decir es que me ha hecho juramento de no casarse con nadie mas que conmigo: ese compromiso le contrajo cuando marché a incorporarme con mi regimiento, y si se efectúa vuestro enlace, tendreis por esposa a una perjura.

Jack, que en aquel momento tenía a la señorita en sus brazos, y la prodigaba auxilios para hacerla volver en sí, no pudo darle ninguna respuesta. ¡Apartadme de aquí!... ¡llebadme!... exclamó ella en cuanto volvió a abrir los ojos: no me atrevo a mirarle...

—Querida, dice que le habeis jurado ser su esposa.

—Es cierto, es cierto, contestó llorando, no puedo negarlo: soy indigna de ser vuestra muger y la suya, y a menos de casarme con ambos, no alcanzo como pueda arreglarse este negocio.

—Vamos, dijo Jack al oficial, no hay que malgastar el tiempo en recriminaciones. Esta señorita no es de modo alguno culpable en haberse prendado de vuestro humilde servidor, caballero oficial, y puesto que habeis llegado a buena sazón, en nombre de la Providencia, ocupad mi lugar, y que continúe la ceremonia.

—Pues bien, dijo el oficial, supuesto que estais arrepentida, consienten en casarme con vos.

Al escuchar estas palabras, todos se apresuraron a rodear a la señorita, y como el oficial era buen mozo, la decidieron a que aceptase su oferta, y se efectuó el matrimonio.

—Jack, dijo el perro, quisiera hablaros una palabra reservadamente. En seguida se puso en dos pies como para decirle algo al oído, pero en vez de eso le tocó los labios con la mano, y al punto Jack se acordó de la dama, y de todo lo que había pasado entre ambos.

—¿En dónde está?... ¿en dónde está?... gritó Jack, agarrándole del pescuezo.

—Conteneos, replicó el perro, no habeis una palabra y seguidme.

Jack salió con el perro, y pasados algunos instantes, volvió a entrar llevando del brazo a la dama mas hermosa que jamás se había visto, y al otro lado a su hermano, el perro, transformado ya en un hermoso y elegante caballero.

—Señor cura, dijo Jack, hace poco creiais que no había que celebrar ningún matrimonio, y en lugar de uno os encontráis con dos: y acto continuo refirió su historia a la concurrencia.



Cuando los circunstantes se enteraron de los hechos, como todos eran irlandeses, prorumpieron en las mas vivas aclamaciones: los hombres arrojaron al aire sus sombreros, y las señoras agitaron los pañuelos. Inútil es decir que la comida de boda fué magnífica. Llegó la noche, y acá para nosotros, no cabe duda en que Jack se conceptuaba dichoso, y tal vez pudiéramos decir lo mismo de la novia, si lo supiésemos todo. Sea como quiera, llegó la noche: la esposa, ruborizada y pudorosa estaba cansada de bailar, y Jack, aunque mucho más fuerte, también tenía necesidad de reposo. Se había, pues, separado de la concurrencia, y estaba ya en la escalera, cuando oyó a su oído una voz que le gritaba: «Jack, Jack, Jack Magennis!...» Hubiera podido en un momento tan crítico: «Jack Magennis!...» volvió a repetir la voz. Jack se volvió para ver quien le llamaba, y se encontró tendido sobre la yerba, un poco mas arriba de la cabaña de su madre, en una hermosa y apacible noche del mes de junio. Su madre se hallaba inclinada hacia él, con la boca junto a su oído, procurando despertarle a fuerza de gritar y de moverle.

—Por vida del madre, ¿por qué me habeis despertado?... dijo Jack.

—Hijo mío, le contestó la madre, porque dabas unos suspiros muy profundos, sollozabas, y hacías contorsiones violentas como si estuvieses acometido de un cólico.

—Hubiera dado mil guineas, replicó Jack, por no haberme despertado completamente: pero silencio, madre mía, volveos a casa, que muy pronto me reuniré con vos.

La madre se volvió efectivamente a su casita, y lo primero que hizo Jack fué irse en derechura al peñasco del sueño, en el cual encontró tanto dinero, que podía ser el hombre mas opulento de todo el país.

Restáanos únicamente decir en alabanza suya, que cuando llegó a ser rico, no quiso que se derribase la cabaña, sino que inmediato a ella, construyó un palacio muy hermoso, desde el cual la tenía siempre a la vista, para que le impidiese ser orgulloso y altanero. Trascorridos algunos años, un industrial, que oyó referir esta historia, compuso la canción conocida con el nombre de las *Tres pruebas*.

### Observaciones experimentales sobre las mesas giratorias, por M. M. Faraday.

El fenómeno de las mesas giratorias ha quedado envuelto en la mayor oscuridad, a pesar de las diversas explicaciones que de él se han dado. Hasta ahora ha sido permitido a todos, según sus ideas, atribuir la causa de este hecho, en la apariencia tan extraordinario, a la electricidad, al magnetismo, a la atracción, a una fuerza misteriosa y desconocida, a la revolución de la tierra, y a un cierto poder sobrenatural. Nosotros tomaremos del diario inglés el *Athenaeum* los pormenores de los curiosos experimentos de M. Faraday, consignados en una nota redactada por el célebre físico.

«No me he propuesto en esas observaciones, dice M. Faraday, satisfacer mi curiosidad personal, porque hace largo tiempo que mi convicción se halla fundada sobre la evidencia con respecto al supuesto fenómeno de las mesas giratorias, sino el suministrar a las numerosas personas que se han dirigido a mí, los medios de establecer sobre hechos una opinión sólida. He aplicado a estas observaciones el mismo espíritu de análisis, y el mismo método que habria empleado en una experiencia de física. Las personas con quienes he hecho experimentos son honradas, de intenciones rectas, sinceras, que han conseguido hacer girar mesas, y deseosas de llegar a establecer la existencia de una fuerza particular. Para mí es un hecho demostrado que una mesa gira debajo de las manos de las personas que lo quieren, sin que estas adviertan de modo alguno que la imprimen una fuerza mecánica vulgar. Esas personas aseguran que la mesa arrastra sus manos: que se mueve la primera y que no tienen mas que seguir el impulso, y aun también que algunas veces la mesa se les escapa de las manos. Según dicen otros, la mesa gira a derecha ó izquierda a su voluntad, cuando por el contrario, no falta quien afirma que la dirección es completamente incierta; pero todos convienen en que la mesa imprime un movimiento a las manos, y no estas a la mesa. Aunque yo concedo que los que hacen los experimentos no tratan de que la mesa gire voluntariamente, sino solo de obtener un resultado por un acto en cierto modo involuntario, esloy, sin embargo, firmemente convencido de que su deseo influye en su voluntad, y por consecuencia en el resultado de sus esfuerzos.

«Importaba, pues, disipar desde luego las prevenciones que pudieran disminuir la esperanza de los experimentadores, con respecto a las sustancias que yo me propusiese emplear en un grueso ó espesor mas ó menos pequeño, y que se diferencian entre sí por sus propiedades eléctricas, a saber: el papel de vidrio, la cola, el vidrio, la arcilla, la hoja de lata, el carton, la goma de varias clases, la madera, etc. Reuní todos estos diferentes cuerpos y los coloqué debajo de las manos de un experimentador, y la mesa giró. En otras ocasiones reuní igualmente otros cuerpos, y habiéndolos sometido a la acción de otras personas, las mesas volvieron a moverse. En su consecuencia, pueden emplearse esas sustancias en la construcción de aparatos de observación. En los experimentos de que se trata, como en cualquiera otra circunstancia, no han ofrecido el menor vestigio de un efecto eléctrico ó magnético. Me he asegurado de que el movimiento no se operaba de toda necesidad en línea curva, sino que podía producirse en línea recta. A cualquiera modo de experiencia ó de observación a que haya recurrido, no he podido recoger ningún vestigio de una fuerza natural de carácter particular. No he comprobado ningún hecho de atracción ó de repulsión, ningún signo de una fuerza tangencial, nada, en fin, que se pueda referir a otra causa que a una presión puramente mecánica, ejercida por el que hace girar sin saberlo. Desde entonces creí que debía ocuparme de esa misma presión, proceder a su análisis ó al menos de la parte de ella que se ejerce horizontalmente. En los primeros experimentos quise que la persona que iba a imprimir el movimiento ignorase el objeto de mis indagaciones, y preparé una ligera pasta de cera y trementina, ó de cera y pomada, sobre la cual puse

cuatro ó cinco pedazos de naipe muy lisos, sujetos uno a otro por medio de aquella argamasa. La carta inferior se hallaba adherida del mismo modo a un pedazo de papel que habia sobre la mesa; el corte de las cartas fué ligeramente cubierto, y una línea trazada con lápiz señalaba su posición respectiva. Por último, la carta superior era un poco mayor que las demas, para que pudiese ocultar aquellas disposiciones a la vista del operador, que colocó entonces sus manos sobre la carta superior, y aguardamos su resultado. El engrudo tenía bastante consistencia para oponer una resistencia considerable a un movimiento mecánico, como también para sujetar las cartas en todas las posiciones que pudieran tomar, pero no la suficiente para resistir a la acción de una fuerza continua. En fin, mesa, cartas y manos giraron a la izquierda a un mismo tiempo, y podía creerse en un resultado ó éxito completo. Recogí las cartas, y al examinarlas me fué muy fácil asegurarme, por la mudanza de las partes de la línea, que las manos habían dado el impulso y sido arrastrada la mesa: que la carta de encima habia sido llevada a la izquierda, y que las cartas inferiores y la mesa habían seguido el movimiento. En otros casos, aun cuando la mesa no girase, se veía que la carta superior se habia movido, lo cual demostraba que la mano la habia impulsado en la dirección anunciada. Era por consecuencia bien evidente en aquel caso, que la mesa no habia podido hacer que diesen vuelta las manos y la carta, todo lo que se encontraba debajo de las manos quedó detrás, y la mesa retenía manifestamente las manos.

«Tratábase ya de disponer un indicador que mostrase si la mesa era la primera que giraba, ó si la mano lo efectuaba antes que aquella; y en fin, si ambas giraban juntas ó permanecían en reposo.

«Al efecto clavé un alfiler en un pedazo de plomo que puse sobre la mesa, y le hice el punto de apoyo de una palanca de cartulina. El brazo mas corto de aque la palanca, que tenía de largo un cuarto de pulgada inglesa, fué fijado con otro alfiler junto al corte de una carta dispuesta sobre la mesa para recibir las manos del operador: el otro brazo de la palanca, largo de once pulgadas y media, hacia el oficio de indicador. Un punto ó mira, dispuesta sobre la mesa, marcaba la posición normal de la carta y de la manecilla, é hice que la carta se adhirió a la mesa por medio de un engrudo poco consistente. La manecilla, ó quedó oculta al operador, ó este se contentó con apartar la vista de ella. Entonces observe que antes que la mesa se pusiese en movimiento, la manecilla indicaba que la mano ejercía una impresión muy marcada en la dirección esperada.

«El efecto no fué jamás bastante continuo para poner la mesa en movimiento, porque el juego de la manecilla rectificaba inmediatamente el juicio del experimentador, quien de ese modo se apercebía de que ejercía por descuido una fuerza lateralmente. En seguida la carta fué colocada en libertad sobre la mesa, es decir, quedó suprimido el engrudo. Este procedimiento no podía contrariar de modo alguno los resultados obtenidos por el operador, porque se ha visto que los compuestos de que hemos hablado y los simples naipes, colocados libremente sobre la mesa, habían transmitido precedentemente el movimiento. En el caso presente, como se hallaba allí la manecilla para advertir a la vista y al juicio del operador, no se manifestó la menor tendencia al movimiento, ni en la carta ni en la mesa. Que la carta estuviese suelta ó pegada a la mesa, no por eso es menos cierto que se habria declarado un movimiento ó una tendencia a él. Solo en un caso particular hubo un movimiento relativo entre la mesa y las manos: estas, según yo pienso, habían girado en una dirección, y el operador quedó persuadido de que la mesa se habia movido bajo sus manos en una dirección contraria. Hizose luego una señal en el suelo para indicar las mudanzas de posición de la mesa, y ningún movimiento de las manos ó de la mesa se manifestó en el experimento que siguió, como tampoco en los que yo he hecho despues.

«Con estos datos, construí una palanca mas perfecta: tomé dos tablas muy delgadas de nueve pulgadas y media por siete; pegué una tablita de nueve pulgadas por cinco en el centro de la superficie inferior de una de las primeras, que llamaré el suelo ó entarimado de la mesa, de modo que sus bordes estuviesen elevados y aislados de la mesa. Coloqué sobre ella aquel aparato, y muy cerca, y paralelamente, clavé un alfiler de punta, para que sirviese de apoyo a la palanca indicadora. Cuatro cilindros de vidrio, de siete pulgadas de largo, y un cuarto de pulgada de diámetro, fueron colocados como rodillos sobre diferentes puntos de aquel entarimado y les puse encima de otra tablita. Los cilindros permitían ejercer sobre las tablas una suma de presión suficiente, dejando libres los movimientos de derecha ó izquierda de la tablita superior sobre la inferior. En la parte de la tablita superior, correspondiente al punto de la inferior que miraba al alfiler, se practicó una entablatura: en ella fué introducido un alfiler, que hallándose un poco encorvado por debajo, entraba en un agujero en la extremidad del brazo mas corto la palanca indicadora. Aquella porción de la palanca estaba formada de un naipe; la prolongación del indicador consistía en un canutillo de paja derecho, y de quince pulgadas de largo. A fin de moderar el movimiento de la tablita superior sobre la inferior, las sujeté una a otra por medio de una doble abrazadera de goma, en puntos que no estribaban sobre la mesa. Aquellas abrazaderas tenían poco mas ó menos el juego de los resortes, y mientras que permitieron a la mas débil tendencia al movimiento declararse por medio de la manecilla, ejercieron, antes que la tablita superior hubiese girado un cuarto de pulgada, haciendo retroceder a esta, una fuerza suficiente, capaz de resistir a una fuerte acción lateral de la mano.

«Dispuesto todo de este modo, pero sin la palanca, las dos tablas fueron fuertemente unidas una a otra, estendidas paralelamente a los resortes de goma, de modo que estuviesen inmóviles la una con relación a la otra: entonces se colocaron sobre la mesa, y un experimentador puso manos a la obra. La mesa comenzó a girar en poco tiempo, y nos convencimos de que el aparato no oponía obstáculo al movimiento. Otro aparato enteramente semejante, con rodillos de metal, produjo los mismos resultados bajo las manos de otra persona. Entonces se puso en su sitio la manecilla, desatado el lazo, de manera que los resortes pudiesen jugar libremente. Bien pronto vimos dadas la dirección, pero hallándose de propósito oculta la manecilla a los operadores, que las manos se deslizaban gradualmente en aquella dirección, aunque las per-

sonas seguramente estaban persuadidas de que solo apretaban de arriba a abajo.

«Al ver aquel resultado, los operadores quedaron sobremanera sorprendidos; pero cuando levantaron las manos, y observaron que el indicador volvía a tomar su posición normal, se quedaron plenamente convencidos. Cuando miraron al indicador y pudieron asegurarse por sí mismos, de si ejercían la presión vertical u oblicuamente, de modo que hiciese resultar otra en una dirección a derecha ó a izquierda, no pudieron lograr producir el mismo efecto. Volvió a repetirse el experimento muchas veces con la mejor voluntad, pero no se declaró ningún movimiento de la mesa ni de las manos a derecha ó a izquierda.

«Entonces ensayé una manecilla de otra forma. En el centro de la tablita superior se hizo un agujero circular, y debajo de aquella tablita, y en su superficie inferior, se pegó un pedazo de carton. El intervalo entre las dos tablas, sería por lo menos de cerca de un cuarto de pulgada: en la estremidad de los canutillos de la manecilla se fijó una aguja, y cuando el aparato estuvo ya colocado en su lugar, la punta de la aguja atravesó el carton, por manera que estaba derecha.

«Me parece que los diferentes aparatos que acabo de describir, podrán ser muy útiles a las personas que deseen conocer realmente la verdad y que prefieran esta al error, que solo puede complacerlas porque lo creen ó nuevo ó extraño. Muchos no saben cuan difícil es el ejercer presión exclusivamente en un sentido vertical ó en cualquiera otro determinado, contra un obstáculo fijo, y aun sabersi efectivamente existe ó no la presión a menos que no tengan un indicador que solo a la vuelta con un movimiento visible, ó de cualquiera otro modo. Esto sucede sobre todo cuando los músculos de los dedos de la mano se han entorpecido, se cansan, tiemblan, ó se hacen insensibles al frío, a consecuencia de una presión continuada. Si se apoya de una manera seguida un dedo sobre el bastidor de una ventana, por espacio de diez minutos ó mas, y se aplica la imaginación a indagar en un momento dado, si la fuerza se ejerce perpendicular u oblicuamente, y su grado de intensidad en uno u otro sentido, será muy difícil asegurarse de la verdad y aun se quedará cualquiera indeciso sobre ese punto. Al menos esto es lo que yo he experimentado por mi mismo, y sé que es lo que ha sucedido también a otros. En efecto, dispuse dos tablas separadas entre sí, no por rodillos, sino por tapones ó pedazos de goma, provistos de una manecilla vertical. Cuando se le pedía a una persona que tenía puestas las manos sobre la tablita superior que apretase solo verticalmente, y la manecilla se hallaba oculta, esta se movía siempre a la derecha, a la izquierda y en una dirección horizontal: tan difícil es al operador ejecutar el movimiento que se propone, sin el auxilio de un indicador que le guíe.

«He aquí hasta ahora para que sirve el aparato provisto de un indicador horizontal y de rodillos. Advierte al operador, y todo movimiento involuntario ó casi involuntario es contenido en su origen, y por consiguiente jamás puede acrecentarse hasta el punto necesario para poner la mesa en movimiento, ó aun para obrar de una manera continua sobre el indicador. A nadie le ocurrirá seguramente suponer, que la simple vista de la manecilla pueda de modo alguno oponerse a la transmisión de la electricidad, ó de cualquiera otra fuerza que se desprendiese de la mano colocada sobre la tablita. Si esta tiene tendencia a moverse, lo cual puede suceder, la manecilla no podría impedirlo: si la mesa manifiesta la misma tendencia, no hay razón para que no se mueva. Si una y otra son impulsadas a girar por una fuerza cualquiera, pueden hacerlo libremente, como lo hacían cuando el aparato estaba sujeto, y cuando ni la imaginación ni los músculos, no se encontraban ni advertidos, ni retenidos.

«Debo cerrar aquí esta larga descripción, y me ruborizo un poco de haberla emprendido, porque me parece que en el tiempo en que vivimos y en nuestro país, debería ser superflua: sin embargo, me atrevo esperar que no será inútil.»

### Variedades.

**EL BUEN CONSEJO.**—Hace algunos años que uno de los hijos de Jonatan, célebre judío de Londres, deseaba casarse con una joven cristiana: su padre no encontraba obstáculo alguno en la religión de la joven; pero le incomodaba terriblemente el que no llevase dote. A causa de esto rehusó su consentimiento; pero el hijo, que estaba muy enamorado, le dijo que no le necesitaba, y a su vez el padre le amenazó con que no le daría un maravedí; pero el joven contestó que ya le obli-garía a ello, porque se haría bautizar y entonces gozaría de los beneficios de la ley inglesa, que concede al hijo judío que se hace cristiano la mitad de los bienes de su padre. Jonatan se quedó anonadado al oír esta respuesta, y marchó al momento a buscar a un letrado para le aconsejara y que le dijera si era cierto que existía tal ley; el abogado le confirmó, pero le dijo al mismo tiempo: si me dais diez guineas os propondré un medio de burlar la esperanza de vuestro hijo, y el ingrato se quedará sin recibir nada. Jonatan se consoló con estas palabras y contó sus diez guineas, suplicándole que no le hiciese padecer mucho tiempo. Pues bien, replicó el consejero, nada mas fácil: os habeis también cristiano, y en este caso la ley no concede ningún beneficio a vuestro hijo.

**SENTIMIENTO HUMANITARIO DE LUIS XIV.**—Un químico romano llamado Poli, habia descubierto una composición terrible, diez veces mas destructora que la pólvora, y vino a Francia en 1702 a ofrecer su secreto a Luis XIV. Este príncipe, a quien agradaban sobremanera los descubrimientos químicos, manifestó deseos de ver la composición y sus efectos. En su virtud se hizo la prueba a su presencia. Poli le hizo notar las ventajas que se podrían obtener en la guerra. Tu procedimiento es ingenioso, le dijo el rey, la prueba es terrible y sorprendente; pero los medios de destrucción empleados en la guerra son suficientes; te prohibo que lo publiques; procura olvidarlo, y harás un servicio a la humanidad. Con esta condición le concedió una recompensa digna de tal rey.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.